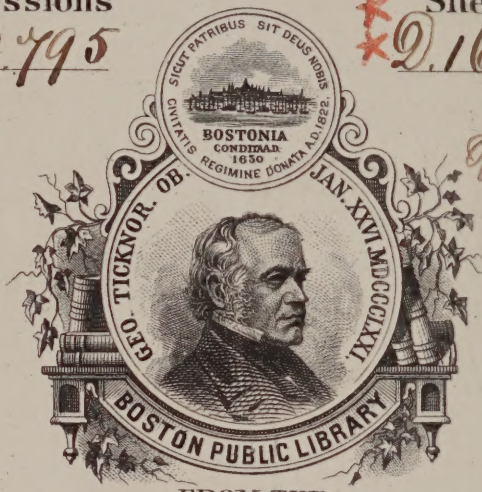
Accessions
192.795

Shelf No.
*D.160.57

Vol 6



FROM THE

Ticknor Fund.

Rec'd Feb. 15, 1876

POESÍAS

DE

D. José Zorrilla.

Madrid: 1838.

POESIAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

TOMO VI.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA.
1839.

D.160
.57
vol.6

Inc
192.795
Feb 15. 1896

Príncipe y rey p. 5
Las dos rosas p. 89
El niño y la maga p. 177

PRINCIPE Y REY.

Romance histórico.

Está la noche serena,
La luna sin pardas nubes
Que la empañen limpia y clara
En el firmamento luce.
En derredor las estrellas
Con multiplicadas lumbres
Tachonan del aire vano
Los pabellones azules.
Eresma por entre peñas
Su escaso raudal conduce
A las plantas de un alcazar
Que en sus arenas las hunde;
Y ya en montones de espuma
Revoltoso se derrumbe,
Ya con trasparentes ondas
Manso y humilde murmure,
Nunca es mas que un corto espejo
Que adula la escelsa cumbre,

Por que permita al palacio
Que en su cristal se dibuje.
  Está la noche serena
Y á pasos rápidos huye
Sobre la choza pajiza
Y la espléndida techumbre.—
Calla el viento; el aura apenas
Suelta ráfaga que ondule,
Eresma hace que sus ondas
No desvelen, sino arrullen,
Y si algun pájaro errante
Hay que el silencio interrumpe
Avergonzado se duerme
Por no tener quien le escuche.
  Mas no es tan hondo el silencio
Que el aura á veces no crucen
Los incompletos compases
Que danza vecina arguyen.
Oyese el rumor lejano
De contenta muchedumbre
Que entre cánticos y brindis
El sueño tenaz sacude.
La danza es en el alcazar,
Que el príncipe Enrique cumple
Hoy años y á malgastarlos
Junta los mas que le ayuden.
La copa de los placeres
Para que ansiosos apuren
Cuantas damas y galanes,
Hay en Castilla, reune.
La vida es corta; los dias
Se menguan y disminuyen

La molicie es cortesana,
Y los placeres son dulces.—
¿Qué importa que el Rey don Juan
Contra los rebeldes luche?
El príncipe vive y goza
Que como á quien es le cumple.
¡Fiestas y danzas! Los reyes
No son hidalgos comunes
En cuya frente se ostentan
El valor y las virtudes;
Una frente coronada
Radia sola tantas luces,
Que los ojos atrevidos
A sus destellos sucumben.
Por eso suenan alegres
Las chirimias y adufes
Haciendo que sus compases
De sala en sala retumben;
Por eso amoroso abrazo
Despertador de inquietudes
Los talles de las hermosas
Al ceñidor sustituyen.
Por eso el cendal flotante
Gira en círculo voluble
Revelando lo escondido
Tras lo que traidor descubre.
¡Oh! hermosas son las hermosas
Cuando aspirando perfumes,
Mal ocultos sus hechizos
Entre transparentes tules,
Sueltos los cabellos de ébano
En aspirales y en bucles

De amar y gozar sedientas
A los salones acuden.
Aquel aliento que envia
Un suspiro á que se cruce
Con un suspiro que deja
Que aquel su lugar ocupe;
Aquel murmullo continuo
Que hace que el aura susurre
Con mil acentos sin forma
Que entre sus pliegues confunde;
Aquella blanda sonrisa
Que vida en un alma influye
Mientras aguarda favores
En penada incertidumbre;
Aquellos húmedos ojos
A cuya luz se destruyen
Los hielos del corazon
Cuando de esquivo presume,
Tantos acasos pensados
Que en rodeos mil conducen
Al revuelto laberinto
De amantes solicitudes;
Y todo ello en un palacio
Donde tormentosa bulle
Cuanta pompa, intriga y gala
La faz de un príncipe influye,
Hacen que los corazones
Tan embriagados se ofusquen
Que deliren paraisos
Bajo el cieno que les cubre.
Espléndido está el salon,
Y aunque mucho disimulen

Las damas están contentas
Cuando los maridos sufren.
El príncipe galantea,
Y las damas de mas lustre
Le deben hoy tantas flores
Cuanto algunos pesadumbres.
Porque él con una en los brazos
Toda una danza interrumpe,
Haciendo que en raudos círculos
Mil veces el salon cruce.
Pie con pie, mano con mano
Al muelle lánguido empuje
La lleva en pos blandamente
La suspende y la sacude.
Ella adormecida, suelta
Sobre brazo tan ilustre,
Mas se abandona y descuida
Porque mas él la asegure.
Flotan los rizos de entrambos,
Los alientos se confunden,
Crúzanse los pies veloces,
Vagan los mantos volubles,
El labio pide á los ojos
Osadia, amor y lumbre,
Y los labios á los ojos
Suplican que no pronuncien.
Los ojos suplen las voces,
La sonrisa el fuego encubre,
Y asi al amor y al placer
Todo sirve y todo suple.
¡Espléndido está el salon,
Todo el aire son perfumes,

Música, citas, suspiros,
Murmullo, plumas y luces.
  Mas hay un hombre sombrío
A quien todos llaman duque,
Y á quien ninguno aventaja
En la gala que le cubre,
Cuyos dos ojos tenaces
Sin que se aparten ó muden
En el príncipe estan fijos
Cual si temiera que le hurten:
Si algun importuno acaso
Su tenacidad reduce
Siempre á su objeto ambiciosos
Rápidos se restituyen.
Al acero se parecen
Que por mas que se procure
Doblarle contra el iman
Siempre hácia el iman resurte:
Mientras, descuidado el príncipe
Sin que su gozo perturben
Con una dama en los brazos
Por el salon baja y sube.
Es cierto que alguna vez
Mira de reojo al duque;
Mas este firme y tranquilo
Ni le busca ni le huye.
Es verdad que alguna vez
El primogénito ilustre
Su voluptuosa pareja
Por delante dél conduce;
Y tal vez aunque no altivo
De distinguirle se escuse

No se alcanza á comprender
Si es que le honre ó que le injurie;
Mas el duque no por ello
En desman alguno incurre:
Siempre el respeto le sobra,
Ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,
Que ya el albor se descubre
Del alba que por los vidrios
Asoma sus turbias luces.
Quedó el alcazar tranquilo,
Despejó la muchedumbre,
Sonó un beso, y don Enrique
Entregó su dama al duque.—
Aquel dijo «hasta mañana»
Contestó este «si á Dios cumple.»
Y don Enrique volviéndose
Siguióle la servidumbre.

La cortina verde.

Son unas horas despues,
Y vense en su gabinete
Ines en un taburete
Y don Enrique á sus pies.
Testigos de sus deslices
En aquel retrete oscuro
Estan colgados del muro
De Flandes cinco tapices.
Toda sorpresa esterior
Previenen las celosías
Y dos dueñas de vigías
Que están en el corredor.
Lucha la luz con la sombra,
El rojo sol de occidente
Colora confusamente
Las labores de la alfombra.

Las flores desde el jardin
Prestan al aura perfume,
Y otro al fuego se consume
En el mismo camarin.
Todo es paz, calma y quietud
En el retrete oriental;
Mas si no es paz criminal
No es la paz de la virtud.
Don Enrique está hechicero;
Doña Ines como una estrella;
Voluptuosa está la bella,
Y galan el caballero.
En los ojos de la hermosa
Se está mirando el galan,
Y ambos atizando estan
Hoguera tan peligrosa.
Ella en recreo infantil
Destrénzale los cabellos,
Bucles haciéndole de ellos
Con sus manos de marfil.
El con sonrisa liviana,
En acento adulador
Dulces palabras de amor
La dice á la cortesana.
Ella de orgullo suspira
Gozando el favor real,
Aunque él interpreta mal
La vanidad que la inspira.
El mancebo y sin consejo
En su amor se está abrasando;
Pero ella está contemplando
Su contorno en un espejo

El la dice «hermosa estás,»
Y en silencioso desden
Dice ella—Lo sé tambien,
Que advertirlo está demas.—
El con el dulce reclamo
Del silencio engañador
Traduciéndolo mejor
Añade: «Ines, yo te amo.»
Ella culpando su esceso
Cuando mas cerca la estrecha
Le da de sí satisfecha
Por cada palabra un beso.
Y en larga conversacion
Ella altiva, él importuno
Demuestra bien cada uno
El afan del corazon.
Así el príncipe decia
Enagenado á la hermosa;
Y astuta y voluptüosa
Ella así le respondia.—

DON ENRIQUE.

Un reino me aguarda, sí;
Con él media vida diera
Por gozar, Ines, siquiera
La otra media junto á tí.

DOÑA INES.

Siendo príncipe, señor,
Diérais, existiendo un año,

Cada mes un desengaño
A vuestro constante amor.

DON ENRIQUE.

Pasiones fueran livianas,
Pasatiempos nada mas;
Que no encontrara quizas
Sino amor de cortesanas.
Mas, Ines, viéndote á tí
Esquivarte fuera en vano.

DOÑA INES.

Hoy me adulais cortesano
Que estais delante de mí!

DON ENRIQUE.

Te lo juro, hermosa Ines:
Diera mis reales palacios,
Mis coronas de topacios
Por vivir siempre á tus pies.

DOÑA INES.

¿Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE.

Como tú no nacen dos.
Y por ello, vive Dios,

Sufro mal que no merezco.

DOÑA INES.

¿Vos por mí males?

DON ENRIQUE.

Sí á fe.

DOÑA INES.

No os entiendo.

DON ENRIQUE.

¿Me amas, dí?

DOÑA INES.

En mi alma de vos á mí
Si hay diferencia no sé.
Mas....

DON ENRIQUE.

¿Qué, Ines?

DOÑA INES.

¿Habeis oido?
Jurára que algo sonó.

DON ENRIQUE.

Nada he percibido yo....
Ilusion tuya habrá sido.

Quedó Ines un punto en pie
Escuchando perspicaz,
Y asióla el príncipe audaz
Repitiendo «nada fue.»
Y á fe que era la quietud
De aquel ansioso momento
Tan honda en el aposento
Como en desierto ataud.
Ningun rumor la turbaba,
Ningun susurro se oia
Si alguna vez se eximia
La brisa que murmuraba.
Los vapores del perfume
Que exhala el ancho pebete
Aroman el gabinete
Y el aire que los consume.
La rica tapicería
Inmoble en el muro está,
Y á sitio seguro da
Cada puerta y celosía.
Hay en el fondo una alcoba
Que aunque en la sombra se pierde
Espesa cortina verde
Al ojo su interior roba.
Tal vez el aura sutíl
Un instante la movió,

Y eso sin duda causó
A Ines su terror pueril.
Mas repuesta y sosegada
Junto al príncipe otra vez
Díjole con candidez
«Teneis razon: no fue nada.»—
Mas perdonad que haya sido
Tan fácil para el temor,
Que aunque os tengo mucho amor
Tengo miedo á mi marido.

DON ENRIQUE.

No me le nombres, Ines,
Que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INES.

La vida, señor, me quita
Con tan celoso como es.

DON ENRIQUE.

¡Ah! Ines mia, ese es el mal
Que lamentaba hace poco!....
Tengo de volverme loco
Con un hombre tan cabal.
No hay cortesano mejor
Ni m as puntual caballero,
En la obediencia el primero
Y el primero en el valor.
No hay medio de hallarle infiel

Ni falta que acriminar,
Ni encuentro que castigar
Por mas que lo busco en él.
En la primera escepcion
En que incurra ha de morir.

DOÑA INES.

Señor, ¿eso osais decir?

DON ENRIQUE.

Alma mia, celos son.
No puedo pensar en paz
Que él goza de tu hermosura,
Cuando por igual ventura
Me lamento sin solaz.
¿Te parece digna traza
De un príncipe que osa amarte
Esperar por solo hablarte
A que él se salga de caza?
¿Es digno de mi ambicion
Que cuando él parte tu lecho
Me dé yo por satisfecho
Con verte por un balcon?

DOÑA INES.

Pero yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE.

Sí, y en ese amor sobrante
Me arrebatas el diamante
Dándome el arillo de oro!

DOÑA INES.

Os doy cuanto puedo dar.
No podeis mas exigir.

DON ENRIQUE.

Aunque él haya de morir
Tu amor solo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido
Sonó un fugitivo acento
Como el rumor del aliento
Largo tiempo detenido.
Perdió la dama el color
Pusose el príncipe en pie
Recelando ambos que esté
Alguno en el corredor.
Mas por el mismo lugar
Con muy recatada seña
Oyóse á la astuta dueña
Por el corredor llamar.
A dios, señor, dijo Ines
Que de partiros es hora.
—¿Hasta cuando?

—Por ahora.
Si gustais hasta despues.
—¿Tanta ventura es verdad?
—Os lo habia prometido
De caza está mi marido:
Válganos la oscuridad.
¿Vendreis?
—¿Cómo no?
—Atended;
No hagais confianza vana,
Abierta está la ventana
Y es áspera la pared.
—Os entiendo, vendré solo.
—Sí que la noche es oscura.
—Oh! y por tamaña ventura
Fuera yo de polo á polo.—
Salió el príncipe, y la bella
Orgullosa por su amor
Saliendo hasta el corredor
Dejó el camarin tras ella.
Todo en él fue soledad,
Y la cortina arrugando
Vióse al duque murmurando
Inmoble en la oscuridad.
«Hé aqui que todo lo pierde
«Por no pensar mi muger
«Que yo me puedo esconder
«Tras esta cortina verde.»

Justos por pecadores.

Es Clara una hermosa niña
Que en la faz muestra gentiles
De sus diez y siete abriles
Los encantos á la vez.
Sencilla, mas sin que el mundo
La sobrecoja ni empache,
Las pupilas de azabache
Y de azucenas la tez.
Suelta y libre la cintura,
Como la noche el cabello,
Transparentes en el cuello
Venas de vírgen azul.
Pie breve y aereo paso,
Mas inquieta y mas ligera
Que en la fértil primavera
Las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce
La llamó un árabe errante,
Sol, azucena y diamante
Las gitanas que la ven.
El árabe en sus desiertos
Con su memoria camina,
Egipto la vaticina
Infinito amor y bien.
Sus ojos brillan tranquilos
Como una noche serena,
Su alma en ellos se ve agena
De temor y de inquietud.
El duque la dice «amiga—
Doña Ines la dice —hermana—
Los mancebos —soberana—
Y hermosa —la multitud.—
Si se reclina cansada
Junto á la fuente sonora
La Náyade protectora
Parece de su cristal.
Si corre de los jardines
Por las sendas desiguales
Semeja entre los rosales
Una sílfide ideal.
Si sonrie es su sonrisa
Tan pura y tan hechicera
Cual la blanca luz primera
Del alba limpia de abril.
Su voz es á quien la escucha
Red amante, oculta vira,
Y el aliento si suspira
Aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella
Todo el amor de su esposa,
Doña Ines procura ansiosa
Con ella olvidarse dél.—
Y es Clara partiendo entrambos
Su purísimo cariño,
Para aquella un tierno niño
Y un serafin para aquel.
Pasó toda aquella tarde
En el huerto entretenida
Con una dueña que cuida
Sus caprichos de cumplir.
Cayó el sol: enlutó el cielo
La impalpable sombra inmensa,
La noche lóbrega y densa
Amagó el mundo cubrir.
Guardó Clara sus cabellos
Con un velo, del rocío;
Cruzando el jardin umbrio
Hácia el camarin tornó.
Y asida á un ramo de flores
Que robó á la primavera
Por una oscura escalera
Hasta el corredor llegó.
Allí doña Ines posada
La mano en el antepecho,
Miraba un camino estrecho
Que oculto á la calle da;
Y en el jardin, tras la dueña
Que recatada le guia
Por la misteriosa via,
Rápido el príncipe va.

Clara entonces silenciosa
Viendo á Ines tan distraida,
De su estancia la salida
Ganó á su espalda veloz:
Cayó la puerta de golpe
Con estrépito violento,
Y oyóse en el aposento
Del duque ronca la voz.
Tornóse Ines aterrada;
Oyóse dentro un gemido;
Aplicó atenta el oido
Y dijo temblando. —El es.—
Rápida, desalentada,
Por el corredor saltando,
Dió al jardin encomendando
Su salvacion á sus pies.
Trémulo, descolorido
El duque de alli á un momento,
Saliendo del aposento
Embozado apareció.
Caló el sombrero á los ojos
Y dando vuelta á la llave,
Con paso callado y grave
La escalerilla bajó.

UN APÉNDICE

á las ventanas de la duquesa.

Triste y lóbrega es la noche;
No está en el cielo la luna
Colgada como una antorcha
Entre la niebla nocturna.
No es azul el firmamento,
Que le encapotan y enlutan
Informes masas de nubes,
Que á paso tardo le cruzan.
Todo es silencio en Segovia,
Las ráfagas no murmuran,
Que el aire denso y pesado
Vecina tormenta anuncia.
Triste y lóbrega es la noche;
Yace la ciudad á oscuras
En brazos del primer sueño,
Inmóvil, opaca y muda.
Con precaucion cautelosa
Que intento secreto anuncia,
Corrió una mano el cerrojo

De un postigo que se ofusca
En un lado del alcazar,
Entre prolijas molduras.
Por ella dos embozados
Salieron: ya que la alumbra
Débil luz de una linterna,
Por defuera la aseguran.
Como mucho se recatan
Y es la sombra tan confusa,
No se percibe á lo lejos
Ni su faz, ni su figura.
Porque es la sombra un cristal
Que los recelos enturbian,
Y el objeto que se mira
Se disminuye ó se abulta.
Tan velozmente caminan,
Que pueden dejar en duda
Si su acelerada marcha
Es persecucion ó fuga.
Doblan esquinas y calles,
Plazuelas y plazas cruzan,
Dijeran que van perdidos
Sin encontrar lo que buscan.
Mas tan decididos siguen
La dificultôsa ruta,
Que bien se ve que no yerran
Ni se desorientan nunca.
El ferreruelo cruzado,
A los ojos la capucha,
La barba sobre los pechos,
El morterete sin pluma.
Van su camino en silencio

Con planta firme y segura,
Y el uno delante el otro
Ni se paran ni se juntan.
Debajo de unas ventanas
Que con labores difusas,
Cercan muchos arabescos
De primorosa escultura,
Detúvose el de delante
Diciendo: «vela y escucha;
Esperando que yo vuelva
Sin que nadie me descubra.»—
Replicó el otro en voz baja
Saludando con mesura:
«Y si una ronda....
—Que pase.
Que mi grandeza te escuda.
—¿Y si un curioso?
—Que vuelva
Atras.
—¿Y si me importuna?
—Requiere si no eres manco
La razon de tu cintura.»—
Siguió adelante, esto dicho,
Y primero que él acuda
A dar prevenido y cauto,
O noticia, ó seña suya,
Abriéndose una ventana
Lanzó de su sombra muda
Con una escala de seda
Una voz que dijo: —Suba.—
Subió el galan; mas llegando
Veloz á la cuerda última,

Un brazo que sacó un hombre
Que esconde la catadura,
Dándole aprisa un saquillo
Dijo: «tome lo que busca.»—
Y cerrando la ventana
Mano, voz y hombre se ocultan.
A tal momento en la calle
Con voz de duelo y angustia,
Un ¡ay! lanzando una dama
De la escala se asegura.
Bajó el caballero, y ella
Hijadeando le pregunta;
«¿Vivis?» y asiendo el estoque
El replicó, «¿quien lo duda?»
Llegó en esto el apostado
Con la linterna, y á una,
Dama y galan prorumpieron:
—«¡Don Enrique!»—«¡Ines!»—«Alumbra.»—
Abrió el príncipe el saquillo
Y sintiendo la tela húmeda,
Metió la mano, y asiendo
Con asombro lo que oculta,
Sacó de la hermosa Clara
La cabeza infantil, mustia.
»¡Santos del cielo! mi hermana!
—Su sentencia era la tuya;
(Dijo á Doña Ines el príncipe).
Válgate pues tu fortuna.»—
Y dando á la dama el brazo
Tomando su antigua ruta,
Entraron en el alcazar
Por la puertecilla oculta.

A LUENGAS EDADES
LUENGAS NOVEDADES.

I.

El príncipe pasó á Rey,
Y como era de esperar,
Todo debió de cambiar
Sujeto á distinta ley.
Era la reina muy bella;
Mas como bella, celosa,
Y otra alguna por hermosa
No tiene igualdad con ella.
Asi que el rey don Enrique,
Si no adquirió mas virtud,
De su ociosa juventud
Puso á los vicios un dique.
De sus amigas livianas
Mucho el número menguó,
Y á la reina encomendó
Sus mas lindas cortesanas.

Es verdad que á las dos leguas
Doña Guiomar cada dia,
Entretenerle solia
Dando al matrimonio treguas.
Y es cierto que tan leal
A su príncipe como ella,
De su amor le hace querella
Catalina Sandovál.
Mas pecados reales son
Que tachar fuera imprudencia,
Son del cetro una exigencia,
Escesos del corazon.
Que es mezquino á nuestro ver
Que mandando tanta gente,
Un monarca se contente
Con tan solo una muger.
Si Dios condena el amor
A la muger del vecino,
No habla el precepto divino
Con él con tanto rigor.
Y sin duda alguna es bien
Que pues la ley dan los reyes,
Sean ellos con las leyes
Privilegiados tambien.
Por eso en una alta torre
Que al campo del moro cae,
Por do Manzanares trae
Sus corrientes, cuando corre,
Se oye en la noche callada
Sobre las alas del viento,
Un dulcísimo lamento
Y un harpa bien acordada.

Por eso en la noche oscura
Dice el necio centinela,
Que en aquella parte vela
La bruja que el rey conjura.
Pues de tiempo inmemorial
Por entre el vulgo se suena
Que allí encontró el de Villena
Un colega espiritual.
Distinto habitante mora
Hoy en la torre precita,
Mas quienes ó quien la habita
El vulgo y la corte ignora.
Porque aunque á veces en ella
Se oye que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;
Se oye tambien que suspira
Tan amantes cantinelas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.
A veces una voz blanda
En estribillo amoroso
De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.
Y es tan suave y tan flexible
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.
Ya apagada, ya sonora,
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmura,
Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.
Ya es alegre y peregrina
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.
Y á veces en la alta, oscura,
Larga noche allí resuena,
Varonil, pujante y llena
Otra voz sin su dulzura.
Mas tambien con su vigor
La voz dulce se amalgama,
Que el aire las desparrama
En dobles himnos de amor.
Una de amor se querella,
Y otra canta sus victorias;
Esta adora sus memorias
Y las diviniza aquella.
Quien de lejos las escucha
En la negra oscuridad,
Duda si sueña en verdad
Y consigo mismo lucha.
Teme la supersticion
Maleficio en el cantar,
Pero se mueve á escuchar
Temerario el corazon.

Es una noche tranquila,
De esas azules, serenas,
En que de la luna apenas

La pálida luz vacila.
Dentro de aquel torreon
Que cäe al campo del moro,
Se escucha el compás sonoro
De la femenil cancion.
Envuelta en oscuro velo,
Emblema claro del luto,
Torna el rostro mal enjuto
Una muger hácia el cielo.
Y brilla mas la tristeza
De su encantadora faz,
Con el llanto que tenaz
Destila de su tristeza.
Y en su angustia solitaria
Demandársela pudiera
Si cancion tan lastimera
Es cántico ó es plegaria.
En un sitial á su lado
Con un láud la acompaña
Enrique cuarto de España
De su corona olvidado.
Pero ella ensaya tan mal
La endecha triste que canta,
Que mohino el rey aguanta
Mal sentado en su sitial.
Viendo la poca virtud
Que su canto egerce en ella,
Pues los tonos de la bella
No aciertan con su laüd,
Soltando al fin de la mano
El inútil instrumento,
Dijo con severo acento

Entre brusco y cortesano.
«Para tal torpeza, Iues,
Que no cantes es mejor.»

DOÑA INES.

Cuanto pude hice, señor,
Y os lo ofrezco tal cual es.
Dos meses ha que venis
A gozaros en mi afan
Con el nombre de galan;
Mas como señor pedis.
Sin curar de mi dolor
Mandaisme cantar y canto,
No llorar y enjugo el llanto;
No amar.... y muero de amor.

DON ENRIQUE.

Ines, importuna estais.

DOÑA INES.

Y vos por demas severo.

DON ENRIQUE.

Que estais muy celosa infiero.

DOÑA INES.

Yo infiero que no me amais.

DON ENRIQUE.

¡Siempre dudas de muger!
¡Siempre igual reconvencion!

DOÑA INES.

Amando de corazon
Amar es obedecer.
Todas las noches traeis
La desazon en el gesto,
Siempre á enojaros dispuesto,
Y no hay de que os enojeis.
El tiempo os parece largo
Que pasais siempre conmigo,
Nunca, señor, os lo digo
Y lo lloro sin embargo.

DON ENRIQUE.

Mas todas las noches vengo,
Ines, y no te se oculta
Que siempre lo dificulta
El grave cargo que tengo.

DOÑA INES.

Mas yo, Señor, noche y dia
En esta torre encerrada,
Os espero enamorada
Sin tener otra alegría.

Veo la noche importuna,
De la aurora el arrebol,
Nacer y morir el sol;
Nacer y morir la luna.
Y todo el tiempo se va
En inútiles querellas,
Demandando á sol y estrellas
Que me digan «¿dónde está?»
Veo todas las mañanas,
Así que el sol reverbera,
Partirse en fuga ligera
Las avecillas livianas.
Todas las noches las veo
Al crepúsculo volver,
Fatigadas puede ser,
Mas cumplido su deseo.
Y á mí el tiempo se me va
En esas rejas vecinas,
Pidiendo á las golondrinas
Que me digan donde está.

Callaba el rey; interes
Prestando á sus voces poco,
Y en delirio amante y loco
Lloraba á su lado Ines.
Él la barba sobre el pecho,
Cruzadas ambas rodillas,
Sus querellas sin oillas
Distraido ó satisfecho.
Ella en mas bajo lugar,
Mal prendido el luengo velo;
Las mangas de terciopelo

Deshilando sin cesar.
El rey, como quien tolera
Algo que le mortifica;
Ella como quien suplica
Algun favor que no espera.
Al fin como quien despierta
De un sueño que le acosó,
Así Don Enrique habló
Con trémula voz incierta.
«Mucho te amé, bella Ines,
Mucho te amo, mas perdona
Que no pueda mi corona
Rendir amante á tus pies.
Casado estoy en verdad,
Y de mi cetro en honor
No cuidaré de tu amor,
Sí de tu seguridad.
El duque no sé que es dél;
Y pues se habla de ello mal,
Partirás á Portugal
Con un mensagero fiel.»—
Calló el rey, é Ines transida
De dolor tan impensado,
De espalda cayó á su lado
Cercana al fin de la vida.
En sus brazos la sostuvo
Y á merced de un elixir,
La vida volvió á latir,
Camino el aliento tuvo.
Volvió á herir su corazon
Su altivez ó su mancilla,
Y dijo al rey de Castilla

Con la voz de la afliccion:
«Fue amaros orgullo en mí;
Hízolo amor la porfia,
Mas pues la culpa fue mia
Castigada quedo asi.»
Y tornándola á faltar
Segunda vez el aliento,
Salió el rey del aposento
Tras quien la venga á ayudar.

II.

Alla por do Manzanares
En humildosas corrientes,
Antes de entrar cortesano
En Madrid sus aguas vierte;
Hay un sitio en que fundaron
Un alcazar otros reyes.
Pardo en el nombre, y perdido
En verdad en sus placeres,
En un despejado campo
Que á su entrada el lugar tiene,
Con grande rumor levantan
A toda prisa un palenque.
Dispónense aparadores,
Aparéjanse banquetes;
Do quier se aprestan bajillas,
Y se despitan toneles.

Guirnaldas en los balcones,
Tapices en las paredes,
Pabellones en los techos
Y en las alfombras pebetes.
Do quiera en el campo tiendas
Con banderas diferentes,
Andamios para la corte,
Y andamios para los jueces.
Y en el palacio tumulto,
Y tumulto en el palenque,
Y en las calles y en las plazas,
Los que van y los que vienen:
Por allá suben literas,
Por acullá palafrenes;
Por alli de real mandato
De su real guardia ginetes:
Por un lado arcabuceros,
Por otro lado donceles,
Que ganando tiempo y tierra,
Buscando aposentos vienen.
Músicos, dueñas, rateros,
Saltimbanquis y corchetes,
Tamboriles y danzantes,
Curiosos é impertinentes.
Aqui una moza devota,
Que el brazo á una vieja tiene,
Se ajusta en son de maitines
Con un majo mata-siete.
Alli un dominico obeso
Abultado de mofletes,
En una niña de quince
Posa los ojos ardientes,

Sin duda alguna admirando
Al Dios que hace aquellos séres
De ojos negros, manos blancas,
Cintura escasa y pie breve.
Mas allá, bajo un sombrero,
Que en la oreja se mantiene,
Alto y torcido el bigote,
Larga espada, y entre el leve
Rizado de ancha valona
Escondido hasta los dientes,
De pie derecho, y la mano
Sobre la cintura siempre,
Está á través escupiendo
Apercibido un valiente,
De esos que dicen «miradme,
Que hay indulgencias en verme:»
Y sobre todo el murmullo
Que tan sin término hierve,
En cóncavo estruendo ronco
Por pueblo y campo se sienten
Los mazos de los peones
Que levantan el palenque,
Y el martillo del armero
Sobre golas y broqueles.
  Grandes fiestas se preparan,
Y segun dice la gente,
Son por los embajadores
Que de la Bretaña vienen.
Asi tambien lo confirma
La conversacion siguiente
De dos judíos que aromas,
Joyas y armaduras venden.

—Buen agosto os habeis hecho,
Rubén, á lo que parece.
—No estoy quejoso, en verdad.
—Y aun contento.
—Ciertamente.
—Sed franco.
—¿Mas he de ser?
—Y por nuestros intereses,
Vayamos ambos á una
Que espero que no nos pese.
—Sea asi, hermano Daniel,
Y escuchadme atentamente.
El rey me compró en secreto,
Para lujo en sus valientes,
Las armaduras mejores
Del torneo.
—¿Cuántas?
—Trece.
—¡Santos del cielo! ¿En monedas
Os pagó?
—Al punto y corrientes.
—Feliz sois, Rubén.
—Veamos
Vuestra fortuna.
—Yo siempre
Por enemiga la tuve.
—Pero yo sé que igualmente
El rey, Daniel, os buscaba.
—Sí, mas fue ganancia leve;
Aplazóme los caballos
De mejor sangre que hubiese,
Y díle blancos y negros

Los mejores.
—¿Cuántos?
—Trece.
—¿Y os quejais?
—¡Santa Sion!
Pagó dos: los once debe.
Callaron ambos un punto,
Y á Ruben Daniel volviéndose,
Díjole: mas ya hay quien cubre
Lo que pierdo en los corceles.
Don Beltran armó los suyos
Pródigo con mis arneses.
—¡Oiga! ¿tambien don Beltran
Campo en el cerco mantiene?
—No por cierto; mas levanta
En Madrid otro palenque
Para una segunda fiesta
A la vuelta de los reyes.
A la parte de Alcalá
Tiene apostada su gente,
Para tomar de las damas
La brida á los palafrenes.
—¡Atrevido es el pagano!
Y árdua causa la que emprende!
Los galanes victoriosos
Se opondrán reciamente.
—Pues don Beltrán de la Cueva
Aun se está tan en sus trece,
Que diz que hasta el mismo rey
Le hará campo aunque le pese.
—Mucho puja.
—Es conde y rico.

—Y el rey es rey.
—Y él valiente.
Y tiene consigo un hombre
Que recata el rostro adrede,
Que es capaz de armar batalla
Él solo con diez y siete.
—¿Un soldado?
—Un caballero.
—¿Qué, es quien paga?
—Lo parece.
Que es un estrangero dicen
Que de aventurero viene.
—¿Trae gente en su compañía?
—Lanzas hasta veinte y nueve.
—¿Es frances?
—Flamenco.
—¿Amigo
De las batallas?
—No bebe.
—¡Cómo!
—Del se cuentan cosas
Bien estrañas cabalmente.
Dicen que en velá contínua,
No se sabe cuándo duerme.
Que es sóbrio como una monja.
—¿Mas su nombre?
—No le tiene.
Solo el flamenco le llaman;
Siempre anda solo y le temen.
—¿Mas no se conoce de él?....
—Nada mas que lo que él quiere;
Y que es alto, recio, osado,

Y á lidiar dispuesto siempre.

Callaron ambos judíos,
Y en raudo tropel la gente
Se agolpó sobre el camino
A victorear á sus reyes.

III.

Como seis dias despues,
Y hácia las dos de la tarde,
En el prado que en Madrid
Por san Gerónimo sale,
Armados hasta los dientes
Y cubiertos los semblantes,
Estaban dos caballeros
De una ancha tienda delante.
Detras de ellos apostados
En hilera formidable,
Hay hasta treinta ginetes,
Potentísima falange.
Y otros treinta caballeros,
Cuanto valientes galanes,
En varios grupos conversan
De su pompa haciendo alarde.
Donceles tienen sus lanzas,
Sus caballos tienen pages,
Siendo á la par todos ellos

Soldados y capitanes.
Detras hay una barrera
Que guardan con antifaces,
Otros doce caballeros
Sobre doce yeguas árabes.
A los lados dos andamios,
Uno con las armas reales
Y otro con las de Bretaña
Coronados de sitiales.
Otro andamio casi enfrente,
Y en él los jueces y grandes
Que han de pesar la justicia
Y la ley de los combates:
Y el resto cerca una valla,
Hasta dos arcos triunfales,
En que remata una liza
Que por la barrera se abre;
Banderas de mil colores
Se estremecen en el aire,
Que embalsaman ramilletes
De jazmines y azahares.
Lindísimas cortesanas
De cabellos de azabache,
Tez pálida y ojos negros,
Bajan el prado adelante:
Porque ¿qué son los jardines
En que las flores no salen,
Sino lo que son las fiestas
En que las damas no caben?
De ambas las tropas que aguardan
El duro y próximo trance,
Hablan en voces secretas

Ambos los gefes audaces;
Uno es Beltran de la Cueva,
Del otro nada se sabe,
Sino que con treinta lanzas
Con don Beltran hizo parte.
Es de talla aventajada;
De nunca visto semblante;
Vigoroso asaz de miembros
Y de fuerzas sin iguales;
Una hacha de armas esgrime
Y una espada formidable,
Que los arneses mas recios
Desencajan y deshacen.
Cabalga un potro normando
Como sufrido pujante,
Que obedece á los impulsos
De dos largos acicates;
Y acostumbrado á la guerra,
En que há tiempo que le träen,
Mal le reprime el ginete
Al oir los atabales.
A su vez el caballero
Le acosa con voz tonante,
Como si el mismo caballo
Á la misma par lidiase;
Y dicen que tan á tiempo
Le segunda, vuelve y parte,
Que un solo cuerpo lidiando
Caballero y corcel hacen.
Asi Beltran de la Cueva
Le hablaba á este personage,
Y el flamenco respondia

Con razones semejantes:

DON BELTRAN.

¿Sereis firme?

FLAMENCO.

Como un roble.

DON BELTRAN.

¿Lidiareis?

FLAMENCO.

A toda sangre.

DON BELTRAN.

¿Nadie pasará?

FLAMENCO.

Ninguno
Con espada ni con guante.

DON BELTRAN.

¿Y si el mismo rey se empeña?

FLAMENCO.

Al rey, vive Dios, que mate

Y lleve su guantelete
En una pica hasta Flandes.

DON BELTRAN.

Si como decís obrais
Temo que el campo no os baste.

FLAMENCO.

Al tiempo lo recomiendo,
Y si la suerte me vale,
Vereis que mejor amigo
No hallareis para este trance.

DON BELTRAN.

¿Qué mote sacais?

FLAMENCO.

Ninguno.

DON BELTRAN.

Pues he visto á vuestro page
Un broquel con una letra.

FLAMENCO.

Esa letra dice «Nadie.»

DON BELTRAN.

¿Es orgullo?

FLAMENCO.

Es una historia.

DON BELTRAN.

¿De amoríos?

FLAMENCO.

Y de sangre.

DON BELTRAN.

¿Sois príncipe?

FLAMENCO.

No por cierto.

DON BELTRAN.

¿Sois huérfano?

FLAMENCO.

Lo acertasteis,

Porque á ninguno sujeto,
Soy libre y la tierra grande.
  Oyóse en esto el tumulto
De pífanos y atabales,
Y vióse la polvareda
Que por el campo adelante
Envuelve á los que se acercan
Tras los pendones reales,
Que acabados los torneos
A Madrid vuelven triunfantes.
Cabalgó al punto Beltran,
Y cabalgando el de Flandes,
Asió broquel, lanza y brida,
Diciendo con voz pujante:
A caballo! ¡Voto á Dios!
Y en torneo ó en combate,
No hay que dejar con espada
Desde san Miguel á nadie.

EL PASO DE ARMAS

de Beltran de la Cueva.

I.

¡Espléndida cabalgada!
¡Caballeresco tropel!
La reina viene montada,
Y el rey la brida dorada
Asiendo de su corcel.
Vienen siguiendo sus huellas
Las cortesanas mas bellas,
Y á su vez los caballeros
Sirven de palafreneros
A los palafrenes de ellas.
Detras las literas vienen
Sobre esclavos orientales;
Los pages detras se tienen,
Y el órden al fin mantienen

Mil arcabuceros reales.
Todo es luego en derredor
Y detras pueblo y tumulto;
En el centro va el valor,
Y en la fiesta mal oculto
El orgullo y el amor.
Al valor pruebas le dan
Las cotas hechas pedazos;
Orgullosos todos van,
Y el amor probando están
Las empresas y los lazos.
Ondulan los martinetes
Asidos á las cimeras
De los ufanos ginetes,
Y usurpan tocas ligeras
El lugar de los almetes.
Y en vez de ferradas golas
Y de rojas banderolas,
Flotan en suelto equipage
Los velos blancos de encage
De las damas españolas.
Y de las sillas de guerra
Forradas de limpio acero,
Hasta tocar con la tierra,
Cuelga el que de amor encierra
Misterios cendal ligero.
No aprisionan los corceles
Guanteletes ni escarcelas,
Sí terciopelos y pieles,
Y ellos van libres y fieles
Sin temor á las espuelas.
Solamente mas severos,

Aunque no siendo mejores,
Tras el rey van altaneros
Pacíficos caballeros
Los nobles embajadores.
Y á sus personas prestando
Las atenciones rëales,
En rico y vistoso bando,
Sobre mulas van pasando
Obispos y cardenales.
Todo es lujo y altivez,
Todo es oro cuanto brilla,
Y osténtanse alli á la vez
Los hidalgos de mas prez
De Leon y de Castilla.
Todas las mejores lanzas
De ambos reinos acudieron,
Y descuidando sus danzas,
Osados en esperanzas
Diz que hasta moros vinieron.
Que para ostentar valor
Cualesquiera liza es buena;
Y el moro batallador
Sabe siempre que es mejor
Lidiar en cristiana arena.
Allí en los andamios miran
Sin máscaras las hermosas;
Sus alientos se respiran,
Y á sus miradas aspiran
Las hazañas generosas.
Por eso vienen ligeros
Sobre sus negros corceles
Diez árabes caballer os

Silenciosos y severos,
Envueltos en alquiceles.
Su mirar rápido, incierto,
La negra barba crecida,
El corcel de oro cubierto,
Todo muestra la atrevida
Generacion del desierto.
Y aunque cuanto audaz cortés,
Culta en usos y lenguaje,
Siempre se alcanza á través,
De su magnífico arnés
Algo de orígen salvaje.
Llegaron ante la valla
Rey, pueblo y embajadores,
Y al son del clarin que estalla;
Van á ofrecer la batalla
Al rey los mantenedores.
Llegó á sus pies don Beltran,
Y díjole audaz: «Señor,
«Aqui mis nobles están,
«Que sus lanzas medirán
«Con vuestra lanza mejor.
«Y pues por encarecellos
«Vuestra real esplendidez,
«Fiestas quiso concedellos
«Para no ser menos que ellos,
«Hé aqui campo á nuestra vez.
«Como tan buenos vasallos,
«De las damas requerimos
«Las bridas de los caballos;
«Y pues á aquesto venimos,
«O combatir ó soltallos.»

Y echando el guante en la arena,
Brida volviendo á su gente,
El campo en torno resuena,
Con largo aplauso que llena
Cuanto el sol resplandeciente.
Aceptó el rey; y los vientos
Rasgando los atabales,
Fueron ocupando atentos
La multitud sus asientos,
Y los reyes sus sitiales.
Puestos los embajadores
A un lado y á otro los jueces,
Al son de los atambores
A los nuevos lidiadores
Requirieron por tres veces.
Lanzáronse hácia la liza
Hasta cuarenta ginetes,
Y en su línea movediza
El aura estremece y riza,
Crestones y martinetes.
Tascan espumoso el freno
Impacientes los bridones,
Henchir queriendo su seno
Con los belicosos sones
De que el aire tragan lleno.
Entonces desde una tienda
De los que el campo mantienen,
Al lugar de la contienda
Un caballo por la rienda
Dos pages bajando vienen.
Por si quisiera lidiar
Al rey le ofrecen corteses;

Advirtiéndole á la par,
Que mejor no le ha de hallar
Ni con mejores arneses.
Partieron los lidiadores
El sol de la liza igual,
Y al son de los atambores
Retados y retadores
Aguardaron la señal.

II.

Con la visera calada
Y los lanzones en ristre,
Los broqueles ante el pecho,
Sobre los estribos firmes
Cerráronse á toda brida
Los lidiadores insignes
Los unos contra los otros
A la voz de los clarines.
Todo fue polvo un instante;
No se oye ni se distingue
Mas que el son que los aceros
En fiero compas despiden.
En honda y ansiosa duda,
En angustia indefinible,
Almas con ojos esperan
A que el polvo se disipe.
Es en vano que las damas

Al turbio palenque miren;
Todo entre el espeso polvo
Está en el campo invisible.
En vano sobre su escaño
Se levanta Don Enrique;
El polvo oculta á sus ojos
Los que vencen ó se rinden.
Se oye que abajo en la liza
La recia contienda sigue
Porque los gritos no cesan,
Y los golpes se perciben.
Unos gritan «Flandes. Nadie.»
«Al rey, al rey,» otros dicen;
Y las lanzadas se doblan
Y los tajos se repiten.
Ayes, lamentos, insultos,
Maldiciones, lelilies,
Relinchos y cuchilladas
Todo á un tiempo se concibe;
Todo en tumulto espantable,
Todo en confusion horrible.
Todos los gritos se mezclan,
Y á gran pena se distinguen
Los de: «Cierra» «¡Hiere!» «¡A ellos!»
«¡Alá!» «¡Flandes!» «¡Don Enrique!»
Creyéndose al mismo tiempo
Por los cierra y los lelíes,
Que flamencos y cristianos
Contra sarracenos riñen.
Rodó al fin el polvo denso
Con las ráfagas sutiles,
Descubriendo la vergüenza

De los que la arena miden.
Pocos pudieron bizarros
Al encuentro resistirse;
Su mismo impulso fue causa
Del azar que les aflige.
Quedaron de entrambas partes
Tan solo trece que lidien,
Son los seis mantenedores
Los otros siete del príncipe.
De ellos hasta tres son moros
Que á los del rey bien asisten,
Con los alfanges sangrientos
Y los palafrenes libres.
Donde una espada se rompe,
Donde un yelmo se divide,
Do quier que un palmo se pierde,
O un caballo se reprime,
Alli la lanza de un moro,
Alli un alfange invisible
Hiere, acosa, rompe, vence,
Antes que se le adivine.
Algunos de entrambos bandos
Que levantarse consiguen,
Con los pomos y los puños
En el combate persisten.
Dan, cian, avanzan, vuelven,
Y ligeros como tigres,
Soltando el inútil hierro
Con los brazos se reciben.
Se abrazan y se sacuden,
Y se cruzan y se oprimen,
Quedando un momento inmobles

En duda de si respiren.
Y al fin de afanosa lucha,
Sin vencer y sin rendirse,
Ruedan abrazados ambos
Y cuartel ninguno pide.
Perdidos entre el tumulto
Tal vez aún se distinguen
Sus desperados esfuerzos,
Sus convulsiones horribles.
Hasta que el tropel sangriento
De los ginetes que viven,
Los envuelve enteramente,
Los separa ó los persigue.
Tocó el sol en occidente;
Y á la voz de Don Enrique
Pages entran en la liza,
Que los heridos retiren.
Despejado un poco el campo,
La liza de estorbos libre,
Quedaron lidiando siete
Sobre los estribos firmes.
Don Beltran con el de Flandes
Y un flamenco que le sigue,
Con un hacha á cuyos filos
Mal los broqueles resisten.
Lidian por el rey valientes,
Los ventajados en lides,
El marques de Santillana
Que negra armadura viste,
Don Juan Pacheco, que el mando
Lleva á medias con el príncipe,
Y el buen conde de Treviño

Del solar de los Manriques.
Con ellos guerrea un moro,
De cuya opulenta estirpe
Dan testimonio y no escaso
El negro corcel que rige,
El corvo alfange que empuña
Y el arnés con que se ciñe.
Mas todo está deslucido
Sin que oro ni acero brillen,
Que todo en polvo y en sangre
A puro lidiar se tiñe.
Don Beltran, rota una brida,
Con esfuerzos increibles,
Contra el moro y Santillana
Ve su salvacion dificil.
Las damas le victorean
Mostrando bien cuanto es triste
Que caballero tan bravo
Con tal desventaja lidie.
Los jueces estan inquietos,
E indeciso Don Enrique,
Duda si el baston de mando
A tiempo en la arena tire.
Mas antes que esto suceda
Se oyó pujante y terrible
El grito con que el flamenco
«¡Flandes y nadie!» repite.
Y revolviendo el caballo,
Con ímpetu se dirige
Hácia el noble Santillana,
Que el campo á su empuje mide.
Entonces al de Treviño

Volviendo —«aqui Flandes»— dice;
Y alzándose en los estribos
De entrambas manos se sirve.
Cayó del caballo el conde;
Y volviendo el que le rinde
Al soldado que le ayuda,
Le manda que se retire.
Quedaron pues dos á dos,
Cuatro valientes que piden
Una corona los cuatro,
Para los cuatro dificil.
Y bien merecen que en ellos
Su honor sus partidos cifren,
Porque no hay mejores brazos
Para que le depositen.
Pacheco y Beltran cayeron;
Pacheco asido á las crines,
Debajo está del caballo
Incapaz de desasirse.
Vino Don Beltran sobre él;
Mas los jueces que presiden,
Dan por vencido á Pacheco
Y escuderos le permiten.
Mientras, agotando esfuerzos
Que parecen imposibles,
El árabe y el de Flandes
La lucha tenaces siguen.
Grita el flamenco —«aqui Flandes.»
Y el árabe á cada quite
Entra y sale huyendo y dando
Siempre en duda y siempre libre.—
En vano el Flamenco acude

A cuanta fuerza le asiste;
El moro hace que el caballo
Pase, cruce, salte y gire.
Mas cansada su fortuna
A tiempo que ambos se embisten,
Al dar una huida el moro
Hace que el caballo pise
Tan en vago, que aunque diestro
Le levanta y le reprime,
Dobló las manos en tierra
Tocándola con las crines.
Esto que viera el Flamenco,
Con empuje irresistible
Para adelante se viene
Sin que el moro alcance á herirle.
Cayó el de Flandes encima
Y aunque el caballo le oprime,
Asió con tal fuerza al moro
Que le acogota y le rinde.
Tiró su baston el rey;
Y al son de los añalifes
Mandó que por los del campo
La victoria se publique.

III.

Mientras á los pies del rey
De hinojos Beltran se pone,
Y el rey le tiende la mano
Porque con ella se honre,
A las puertas de la liza
La multitud agolpóse,
Para ver la cabalgada
Cuando á palacio se torne.
Bajaron de sus andamios
El rey, la reina y la corte,
Damas, caballeros, pages,
Obispos y embajadores.
De manos de los donceles,
Recibiendo los bridones,
Conducir de alli á las damas
Como enantes se proponen.
Asidos brida y estribo
Porque mas fáciles monten,
Por las hermosas esperan
Los caballeros mejores.
Púsose el primero el rey,
Y ya cortés se dispone
A dar la mano á la reina,
Cuando con audacia un hombre
Cejar haciendo al caballo,
Sin respeto se la coge.

¿Quién se atreve?... dijo el rey;
Y en el rostro los colores
Tornando el gesto alterado,
Delante su vista hallóse
La brida asiendo al flamenco,
Que asi osado le responde:
«Si pasais sin combatir
«Será sin guante ni estoque,
«Que he lidiado en el palenque
«Bajo de estas condiciones.»
El rey Enrique, indeciso,
De arriba abajo miróle,
Dudando si por quien sea
Se lo tolere ó se enoje;
Pero por mas que á sus solas
Su pensamiento recorre,
Como él su rostro recata,
No sabe si le conoce.
Al fin fingiendo respetos
Por sus derechos, cedióle
Ya su razon otorgando,
Ya por secretas razones.—
Tendióle la mano y dijo:
«Loor á los vencedores!
«Tomad lo que habeis ganado,
«Que en efecto anduve torpe:
«Quién sois?
—*Nadie*: esa es mi empresa.
—Es vuestra cifra?
—Es mi nombre.
—Sois valiente, y no os atañe
Por vida mia ese mote.

—Ya dije que es nombre propio,
Y no le merezco noble.
—¿Cómo pues?
—Porque he vendido
Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,
Y tras cortas reflexiones,
Con sonrisa ambigua dijo:
«Id adelante,» y siguióle.

Recuerdos.

Es una noche tranquila,
De esas azules serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.
Algunas nubes errantes
Por medio el espacio flotan,
Que asi de la luna embotan
Los resplandores brillantes.
La brisa fresca que vaga
Los árboles estremece,
Y segun se estingue ó crece,
Crece el murmullo ó se apaga.
Noche espléndida y serena
Que al hombre á pensar convida,
Y en que resbala la vida
De gozo y pesar agena.
En que absorto el pensamiento
En vaga meditacion,

Halla una blanca ilusion
En cada arruga del viento.
  Nada ve el ojo aunque mira,
Oye el oido y no escucha,
Y consigo en débil lucha
Triste el corazon suspira.
  Una noche clara y pura
En que contemplando el cielo,
Crece en el alma el consuelo
Y hechizá hasta la amargura.
  Noche en que se ve á lo lejos
Con el fulgor de la luna,
La ilusion de la laguna
En argentinos espejos.
  En que se ve el bosque umbrío,
Cual un escuadron gigante,
Y cual rastro centellante
La cinta blanca de un rio.
  Noche en que prestan á una
Blando perfume las flores,
Música los ruiseñores
Y resplandores la luna.
  De esas noches que una vez
Todos los hombres gozaron,
Y á cuya luz recordaron
Los sueños de la niñez.
  De esas noches, cuya historia
Dura en el alma escondida,
Página de nuestra vida
Pegada á nuestra memoria.
  Oyendo el tropel sonoro,
Con que en murmullos suaves

Aduermen hojas y aves
Y aguas, el campo del moro,
  Un hombre sobre una peña
Se alcanza en la oscuridad;
Mas no se alcanza en verdad
Si aguarda, medita ó sueña.
  Se percibe allá en la oscura
Sombra negra alguna vez,
La movible brillantez
De su límpida armadura.
  Se oye entre las yerbezuelas
A cada sacudimiento,
El brusco estremecimiento
De sus ásperas espuelas.
  Dolientes suspiros lanza
Del ánima dolorida,
Tal vez por la antigua vida,
O acaso por su esperanza.
  En esto en una alta torre
Que al campo del moro cae,
Por do Manzanares trae
Sus corrientes, cuando corre,
  Vagó sobre el aura leve
Voz tan dulce y lastimera,
Que atenta el aura ligera
Por oilla no se mueve.
  A aquel suavísimo son
El caballero escondido
Ansioso prestó el oido,
Hízose todo atencion.
  La voz que oye limpia y blanda
En estribillo amoroso,

De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.
Y es tan suave y tan flexible,
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.
Ya apagada, ya sonora,
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmura,
Como la tórtola llora.
Ya es un canto ronco y vago
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.
Ya es alegre y peregrina
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.

¿Es ilusion mentirosa,
O es tremenda realidad
Ese sueño de otra edad
Mas bella y mas dolorosa?
¿Por qué estremecido miras
Esa torre solitaria,
Y al rumor de esa plegaria
Con pesadumbre suspiras?
¿Qué oyes, caballero, dí,
En ese son misterioso,
Que el zéfiro vagoroso
Arrastra ufano hasta ti?
¿Ese que gime en el viento

Sonido despertador,
Es un recuerdo de amor,
O es tenaz remordimiento?
¡Ah! el pensamiento perdido
Incapaz de decidir,
Vacila entre el porvenir
Y las sombras del olvido.
Y aunque aquella voz se exima
De mas cercana inspeccion,
Bien sabe su corazon
Que aquella voz le lastima.
¿Quién vivirá en esa torre
Que canta tan dulcemente,
Mientras suena mansamente
El Manzanares que corre?
Porque aunque á veces en ella
Oyó que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;
Aunque á veces triste canta
Lastimado son de duelo,
Cual queriendo enviar consuelo
Al corazon, la garganta,
Oyó tambien que suspira
Tan amantes cantilenas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.
Cesó la voz de repente,
Y sobre el cesped mullido
Oyóse un pie contenido
Que va cautelosamente.
Cada vez mas cerca está....

Pusose en pie el caballero,
Y requiriendo el acero
Preguntó firme ¿quién va?
A sus rayos argentinos
La luna dejóle ver
Un page que echó á correr
Dando vuelta á unos espinos.
—¿Sois vos (le dijo llegando)
Nadie en Flandes, mucho aqui?
—Mucho te han dicho de mí.
—Pues á vos vengo buscando
Seguidme.
—¿A donde?
—¿Temeis?
Dijeron que erais valiente.
—Mas fiarse no es prudente
Del primero....
—Bien haceis.
Dios os guarde: á decir voy
Que os propuse una aventura,
Y desechó por mesura
Vuestra prudencia la de hoy.
—Mucho sabes, pagecillo.
Ve delante.
—Pues de mi
No os separeis, por aqui.
—¿Dónde vamos?
—Al castillo.—
Y de un torreon en el centro
Postigo oculto buscando,
Entraron ambos cerrando
La portezuela por dentro.

Favor de Rey.

En medio de un aposento
Que el rey Enrique eligió,
Para secreto teatro
De sus comedias de amor,
Él y Beltran de la Cueva
A quien con prisa llamó,
Están, Don Beltran en pie,
Y él tendido en su sillon.
Decora del gabinete
El magnífico interior,
Cuanto de rico y espléndido
Monarca jamas juntó.
Cuelga una lámpara de oro
Del cincelado arteson,
Forrados en terciopelo
Los muros en derredor,
El pavimento de alfombras

Esquisitas se vistió,
Y sobre el rey pende inquieto
De plumas un pabellon.
Delante tiene á una fiesta
Preparado un velador,
Cual le anhelaran cubierto
La codicia y la ambicion.
Copas y cubiertos de oro;
Bajilla que cinceló
Diestro artista, á quien por ella
Dieron riquezas y honor.
Y á su lado entre perfumes
En pródiga ostentacion,
Doble y superior servicio
Sobre un ancho aparador.
Siguiendo el rey y el privado
Su rota conversacion;
El vasallo respondia,
Preguntándole el señor.
—¿Con qué lloraba?
—Doliente
En mis brazos se arrojó
Diciendo «¿es él quién lo manda?
—¿Y qué respondisteis vos?
—Que en ello vuestros mandatos
No admitian dilacion.
—Muy bien dicho. Y á esa orden
¿Ella qué dijo?
—Señor.....
—Sin escrúpulos decid,
Beltran, que en esta ocasion
Si alguien debiera tenerlos,

Vos cabalmente no sois.
Mas os juro por mi vida
Que no me acosa el menor;
Por el bien de mis vasallos
Tengo en esto obligacion.
Con que ¿qué dijo?
—En injurias
Su lengua se desató.
—¡Ola, ola!
—Lamentando
Vuestra inconstancia en amor.
—No fue mucho, Don Beltran;
Pero ya, gracias á Dios,
Tenemos algo de mundo
Y ha tiempo uso de razon.
Y ¿qué mas?
—Roja de rabia
Mal caballero os llamó,
Indigno de vuestra estirpe,
Hipócrita y seductor.
—Ese ya es otro cantar,
Buen Beltran, mas tengo yo
Para mí que el injuriarme,
Era pedirme perdon.
—A vuestro real pensamiento
Sin oponer la menor
Contradiccion, yo os dijera
Que me asiste otra opinion.
—Cómo decid.
—Doña Ines
Por ultrajada se dió,
Y serenándose al punto:

«Bien, caballero, ¿sois vos
(Me dijo con voz resuelta)
Mi guarda ó mi conductor?
—¿Y vos?
—Señora, la dije,
Otro el rey os preparó.
—¿Y ella?
—Añadió: pues decidles
De mi parte á ambos á dos,
Que apresuren nuestro viage
Que estoy pronta y noble soy;
Y al rey en particular,
Que escuse toda ocasion
De sincerarse, que siento
Tal desprecio por su amor,
Que si al paso se me pone
Ni aun he de mirarle yo.
—Bravamente lo ha pensado:
No lo hiciera yo mejor.
¡Pobre muchacha! En las redes
Que la he tendido cayó.
Callaron por un instante
El privado y el señor,
En consulta cada cual
Con su propia reflexion.
En esto confusamente
Del muro en el interior,
Con misteriosa cautela
Llamada ó seña sonó.
—¿Han llamado?
—Si por cierto.
—Ellos serán.

—Sí señor.
—Abrid y en mis conjeturas
Ayúdeme el vino y Dios.
Con un oculto resorte
Don Beltran la puerta abrió,
Y entraron por ella un page
Y el flamenco vencedor.
Tendió el flamenco la vista
Sin señal de turbacion,
Por todo cuanto le alumbran
Las luces en derredor.
Y sereno, altivo, inmóvil,
En la misma posicion,
Con la visera calada
Callando se conservó.
—Venid, le dijo dejando
El monarca su sillon,
Venid al igual conmigo,
Ilustre batallador.
Aliviaos de esos hierros,
Ocupad ese sillon,
Y tendedme vuestras manos,
Que á fe que me harán honor.
Beltran, que sirvan la cena;
Y en tan dichosa ocasion
Chipre, el Vesubio y Falerno
Nos presten gozo y valor.
¿No os sentais?» —El desconocido
Sin moverse respondió.—
—Yo soy un aventuro
Que por mis desgracias voy
Cumpliendo una penitencia

Que me han impuesto, señor.
No puedo mostrar mi rostro,
Mi nombre, ni mi blason,
Sino al hombre que me venza
En las armas superior;
Y entonces será pidiéndole
En nombre del sumo Dios,
Que me pase compasivo
Con la daga el corazon.
—Caballero, pues que todo
Me convence que lo sois,
Díjole el rey, ¿no pudieran
Alzar ese voto en vos.
La voluntad de los reyes,
Ni aun por haceros honor?
Porque en verdad que me aflije
Al daros por galardon
Mi amistad y mi palacio,
No saber á quien los doy.
—Por respeto á mi rey solo
Voy sin ventura, señor;
Ved si estimo vuestras dádivas
Como de quien ellas son.
Miró al caballero el rey
Con ojo escudriñador,
Y comprimiendo los labios
A Don Beltran los volvió
Diciendo —¡Cómo ha de ser!
La voluntad es de Dios.
Mas ya, señor caballero,
Que la suerte me privó
Del placer que me esperaba,

Pediros quiero un favor.
—Será mandato, y cumplirlo
En mí será obligacion.
—Jurad que lo cumplireis.
—Jamas he jurado yo;
Que tengo en mas mi palabra
Que el juramento mejor.
—Dispensad, que anduve torpe;
Concededme por perdon
Un brindis.
—Eso mas bien,
Con mil amores, señor.
Llenó Don Beltran las copas,
Una cada cual tomó,
Y alzándose la visera
El flamencò lidiador,
Encubiertas las mejillas
Con un antifaz mostró.
—Engañásteis mi esperanza,
Díjole el rey.
—¡Ah señor!
Para encubrir mi desdicha
Es doble mi precaucion.
—¿Y quién tanta penitencia
A imponeros alcanzó?
—Mi vergüenza.
—Y ¿por qué trazas?....
—De una muger se valió.
—Basta y brindad, caballero;
El que buscaba sois vos.
Bebieron ambos: la mano
El monarca le tendió;

Y ahora, le dijo, escuchadme,
Si os place, con atencion.
¿Quereis llevar en secreto
Una dama de alto honor
A Portugal?
—A la misma
Constantinopla, señor!
Centellándole los ojos
El hidalgo respondió.
—Está bien. Beltran, mis órdenes
Llevad á esa dama vos;
Que al punto partan. —Tomad.
En ese pliego que os doy
Encontrareis, caballero,
Mi voluntad superior.
En pasando la frontera
Le abrireis; y en tanto no,
Ni vos ni nadie á la dama
Mantenga conversacion.
Ved que en ello os va la vida,
Pues gentes os daré yo
Que os velen y os acompañen
Por mi reino.
—Eso, señor,
Mas es castigo que premio.
—Negocios de corte son,
En que á par necesitamos
Yo prudencia y vos valor.
De vuestros treinta ginetes
Hasta diez irán con vos;
Los demas á la frontera
Los enviaré luego yo.

¿Comprendisteis?
—Comprendí.
—¿Prometeis?..
—Delante á Dios.
Os aseguro que nunca
Mi ventura fue mayor.
—Ah, mirad, se me olvidaba:
Este pequeño cajon
Llevareis á su destino.
—Decidme su dueño.
—Vos.
Es un presente que os hago,
Que os probará, salvo error,
Que es mi memoria tan larga
Cuanto la vida en los dos.
Con que si os cumple, brindemos
A vuestra vuelta.
—Señor,
Nadie cuenta con su suerte.
—No me la aseguro yo;
Mas si á mi España volveis
Tal vez halleis lidiador
Que os arranque vuestro nombre,
Sin ver vuestro corazon.
A vuestra salud, hidalgo,
Y á que nos ayude Dios.
El rey apuró su copa,
Y apartando el pabellon,
Por una puerta secreta
Del gabinete salió.

Conclusion.

Es una tarde nublada
Que espléndido el sol no alumbra,
Velado entre las neblinas
Que el cielo cóncavo enlutan.
Recio y norte sopla el viento,
E interceptada y confusa
La vista á distancia corta,
Los objetos no columbra.
Es un estrecho camino
Dó entre la arena menuda,
Brota á pedazos un cesped
Que la marcha dificulta;
Y por entrambos sus lindes
Mecen sus ásperas puntas,
Zarzas que guardan con ellas
Frutos que nuncan maduran.
Por él á rápidos pasos,
Temiendo la noche oscura,

Las fronteras españolas
En triste silencio cruzan
Una dama en su litera
A la merced de dos mulas;
Un caballero que el rostro
Bajo el capacete oculta,
Y hasta cuarenta ginetes
Que les custodian la ruta.
Apenas en Portugal
Fijaron planta segura,
Oyóse del caballero
La pujante voz robusta.
«Alto, dijo; nadie pase.
Cada cual consigo cumpla;
Los españoles á España.
Y mis gentes aqui juntas.»
A este mandato obedientes,
Como cosa en que no hay duda,
Los de España saludando
Tornan á su España grupas,
Y á la espalda los flamencos
De su capitan se agrupan.
Este, entonces, con la risa
En sus labios insegura,
Esclamó: «ya está en mis manos
«Su secreto y su fortuna.
«Enrique, si en esta dama,
«Que en verdad lo será tuya,
«A aclararme tu vergüenza
«No sirve cuanto discurra,
«Me libro de mi palabra
«Pues mi razon me disculpa

«Y á recibir te prepara
«Por tus injurias, injurias.»
Y rasgando el sello real
Que el pergamino le oculta,
Leyó estas negras palabras
Escritas de la real pluma.

«Mi valiente aventurero,
Don Rui Pero Sandoval;
Pues segun me son testigos
Las justas de Don Beltran,
Tanto os place los corceles
De nuestras damas guiar,
Ahi llevais á Doña Ines
A quien en Dios y en verdad,
Podeis á donde os contente
Desde este punto llevar.
Y porque memoria mia
No os falte desde hoy jamas,
El regalo que me hicisteis
En ese cajon llevais.
Mas os prevengo que cauto
No entreis en Castilla mas,
Que en ella os espera una horca
Mas alta que la de Amán.»

Los ojos desencajados,
La lengua en la boca muda,
Contemplando el pergamino
Que entre las manos estruja,
Quedó el duque Don Rui Pero
Sin intencion que le acuda.

Volviendo al fin en su acuerdo
Víctima de interna lucha,
Con que le acosan á un tiempo
Los recuerdos y las dudas,
A la litera lanzóse,
Y asiendo las vestiduras
De la dama, á viva fuerza
Sacándola la pregunta.
—¿Quién sois? Por Cristo bendito
Que lo diga y se descubra.
Ella de dolor transida
A tales voces se turba,
Y el duque la arranca el velo
Cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el duque; y asiendo
Con mano audaz é iracunda
El cajon que le dió el rey,
Le estrella en la tierra dura.
Rodó por el campo estéril
Una cabeza insepulta.
Desmayóse Doña Ines,
Corrió una lágrima turbia
Por los párpados del duque,
Mas amarga que cicuta;
Y en el solemne silencio
De aquella tragedia muda,
De entre un pabellon de nubes
Pálida asomó la luna.

Las dos Rosas.

En un escondido valle
Hay todavia una torre
Vecina al Carrion, que corre
De chopos entre una calle.
Castillo dicen que fué
Poderoso, mas ya apenas
A través de dos almenas,
Su ilustre origen se vé.
Tendidos sobre una altura
Vénse un torreon y un muro,
Pero en monton tan oscuro
Que medrosa es su figura.
Brota á sus pies sin respeto
Espeso zarzal salvage,
Cuyo espinoso ramaje
Vejeta al peñon sujeto.
Ya no hay ni mojon ni senda
Que á su rastrillo conduzca,

Ni puerta en que se deduzca
Que hay dentro quien le defienda.
  Allá por algunos trigos
Que crecen en derredor
De su ruina y su dolor
Imperturbables testigos,
  Hay paredes que á pedazos
Estan mostrando que ayer
Pudieran bien mantener
Un pueblo sus rotos brazos.
  Hoy en pajiza cabaña
Vela un pastor el misterio
De aquel corto cementerio
Que el agua del Carrion baña.
  Alli una generacion
Duerme tal vez escondida....
Asi de la amarga vida
Las cosas frágiles son!
  Sin curar de historias viejas
Al son de tosco estribillo,
Él encierra en el castillo
Por la noche sus ovejas.
  El agua y el tiempo pasa
Y él no pasa de pastor;
Pues no ha de ser su señor,
Poco le importa la casa.
  Al preguntarle qué fué
La techumbre á que se acoge;
Hombros y labios encoge
La mira y dice «no sé.»
  Los dias que van pasando
La colina gastarán,

Y al cabo concluirán
El castillejo enterrando.
  Entonces ya de la historia
Del edificio primero,
Ni el pastor ni el pasagero
Tendrán confusa memoria.
  Apiñada en un hogar
En derredor de la lumbre,
Desvelada muchedumbre
Acaso la oirá contar.
  Contarala un peregrino
A quien tal vez por su cuento,
Darán escaso alimento
Para seguir su camino.
  Y yo que siempre miré
Como un viage nuestra vida,
Por historia entretenida
Del olvido la saqué.
  Si rebelde vuestra alcoba
Mal que pese á vuestro empeño
Os ahuyenta el blando sueño,
Yo voy á entonar mi trova.
  Escuchadla; y si al calor
Os dormís de vuestra almohada,
De una noche sosegada
Sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo
Brillantes rayos despide,
Que del Carrion reverberan
Entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
Con las nieves que derrite
En las crestas de las sierras
Con que Castilla se ciñe;
Y entrambas riberas bordan
Con duros hielos que oprimen
Los restos que dejó mayo
De sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
Las orillas le dividen
Que al agua las ramas tienden
Porque en el agua se miren,
Y ellas ufanas pasando
Por la sombra que reciben

Con blando murmullo lamen
Los troncos y las raices.
Es un dia puro y diáfano
Cuanto diciembre permite
Que en su mustia presidencia
El sol del invierno brille.
Alegre, cuanto alegrarse
Es permitido á los tristes,
Diáfano cuanto la niebla
A un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
Tras una peña, en que firme
Estriba un alto castillo
Que de protector le sirve.
Dos esquilones agudos
En disonante repique
El toque de mediodía
Al aire en calma despiden,
Y en medio están de la plaza
Cuantos hidalgos la viven;
Los sombreros en la mano
Inclinadas las cervices.
Las mugeres, apartadas
Sus labores mugeriles,
Esperan devotamente
Que los hombres se santiguen.
Los muchachos impacientes
A hurtadillas se sonrien
Por mas que les amonestan
Los viejos que les imiten.
En un balcon de una casa
Que mas alto nombre pide,

Por los roidos escudos
Con que sus paredes viste,
Por los vidrios que al sol dejan
Que su interior ilumine,
Y los calados de un arco
Que mal al tiempo resiste,
Hay dos personas que, vueltas
De espaldas al sol, impiden
Que se alcance desde abajo
Si rezen ó si platiquen.
Una es (con soles por ojos
Y por labios alelíes)
La mas hermosa villana
Que con hidalgas compite;
Rosa nacida en el campo
Entre zarzales y mimbres,
Pero á quien ceden vencidas
Las rosas de los jardines.
Ufanos la engalanaron
A porfia los abriles,
Con cuantas juntaron gracias
Uno tras otro hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
Cútis que afrenta á los cisnes,
Dentadura igual y enana,
Cuello torneado y flexible.
Orlan sus párpados blancos
Largas pestañas sutiles
Coronadas por dos cejas,
Arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
Pie breve, resuelto y libre,

Y dos manos que semejan
Ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal Rosa
Por mas que el pueblo critique
El orgullo con que ostenta
Sus encantos juveniles.
Las mozas que se recata
De sus amistades dicen:
Que es la inconstancia escesiva
Con que desprecia á quien rinde.
Las viudas que es demasiada
La libertad con que vive,
Y muchos los forasteros
Cuyas visitas admite,
Y las viejas de su madre
Murmuran que las recibe
Con audacia escandalosa
Y confianza reprensible.
Mas Rosa y Brígida en ellas
Con tan poca cuita siguen,
Que si estos murmullos oyen
Se deleitan en oirles:
Por eso tan cortesano
Baja don Bustos Ramirez
Diariamente á su casa
Del castillo en que reside.
Baron altanero y mozo
Afortunado en las lides,
Cuyas riquezas esceden
A lo ilustre de sus timbres.
Dejó há poco de la corte
La perezosa molicie,

Las damas voluptüosas
Y los ruidosos festines
Por la calma de sus tierras,
Donde su presencia exigen
Los negros ojos de Rosa
Que diz que en los suyos vive.
Es cierto que se susurra
Que un mancebo que la escribe,
Palabra de casamiento
Tiene de ella, y que es dificil
Que la renuncie si vuelve,
Lo que es tal vez muy posible.
Mas don Bustos es mancebo
De nobilísima estirpe;
Baron que manda vasallos,
A quien escuderos sirven,
A quien pages acompañan,
Y á quien mucho el rey distingue.
Es señor de horca y cuchillo,
Rey en aquellos confines,
Y á quien plebeyos é hidalgos
Pecho y homenage rinden.
Y no es otro el que con Rosa
Sobre el balconcillo sigue
Dando á la plaza la espalda
Mientras que dura el repique.
Al fin santiguado el monge
Que el templo del lugar sirve,
Cada cual tornó á su espera,
Y á sus requiebros Ramirez.
Apoyado sobre el codo
Deja que el cuerpo se incline,

Guardando tras una mano
Una mejilla invisible;
Y á favor de esta postura
Al pueblo curioso impide
Que le aceche las palabras
Que á la muchacha dirige.
En la espresion inefable
Con que Rosa le sonríe,
Bien se ve que en vez de enojos
Satisfacciones recibe.
Ni menos de sus palabras
El castellano se aflige,
Pues cuanto ella mas tolera
Mas él confiado insiste.
Él platica: ella le escucha
Sin que altanera le esquive,
Y él mas se la acerca osado
Cuanto ella oyéndole sigue.
Hubo un instante de aquellos
Que el amor llama felices,
Que con el alma se sienten
Y con el alma se miden,
En que los ojos de Rosa
Tomaron indefinible
Una espresion que imitaba
El gozo en los serafines.
Brotáronle de ambos ojos
Sobre los puros matices
De ambas mejillas, dos lágrimas
Ardientes, irresistibles.
Y apenas aparecieron,
Cuando rápido Ramirez,

Secando una con sus labios,
Asi imprudente la dice:
«Mañana serás mi esposa.—
—Señor!
—Mañana.
—¿Es posible?
—Aqui mi palabra empeño.
Mañana es fuerza que brille
Mi castillo con tus ojos,
Con tu hermosura mi estirpe.
Bajó, esto dicho, á la plaza
El impetuoso Ramirez,
Y al monge y al pueblo atento
Estas palabras dirige:
«Esta noche pueblo y valle
Con hogueras se ilumine:
Que redoblen los panderos
Y las campanas repiquen;
Que se remedien los pobres,
Que se consuelen los tristes,
Y todos á mis festejos
Desde ahora se conviden.
Mis aparadores cerquen,
Mis anchas cubas despiten,
Mis tesoros se repartan
Y se embriaguen con mis brindis.
Vasallos, de hoy por tres años
Quedais de tributos libres,
Y de este modo mis bodas
Se dispongan y publiquen.»
Rompió en aplausos la gente
Que su largueza bendice,

Y los vivas se redoblan
Y las gracias se repiten.—
«Dádselas á la hermosura,»
Dijo don Bustos Ramirez,
Señalando á las ventanas
De donde ella le despide;
Y aplicando las espuelas
Al negro potro que rige,
Hace que en rápido escape
Al parque le precipite.
Quedó aplaudiendo la plebe
Agradecida y humilde,
Y Rosa aun en sus ventanas
Muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas despues,
Ya bien entrada la tarde,
La tierra entregada en brazos
De las nieblas impalpables,
De una lámpara de cobre
A los rayos desiguales,
Lee Rosa unos pergaminos
Que acaba de darla un page.
Pasaban sus negros ojos
De orgullo y placer radiantes
De un renglon á otro renglon
Sin apenas descifrarles.
Los labios la sonreían,
Y trémulos dilatándose
Por lo bajo murmuraban
Sonidos de cada frase.
Una caja de olorosa
Madera tiene delante,

Y de un cordoncito de oro
Pende en su diestra una llave.
Dobló alegre el pergamino,
Y agradeciendo el mensaje,
Despidió al buen mensajero
Y á voces llamó á su madre.
Subió la vieja asustada,
Recelosa de algun lance
Que en parientes ó en amigos
La fatal carta anunciase.
Mas apenas en el cuarto
Puso los pies vacilantes,
Rosa, cerrando la puerta,
Díjola palabras tales:
—«Entrad. Nuestra es la fortuna;
De contento no me cabe
En el pecho el corazon,
Ni atino cómo esplicarme.—
Brígida, esclamó angustiada:
—Por Dios, muchacha, que acabes,
Que tengo el alma en un hilo.
—Esta llavecita la abre.
—¿Pero qué se abre?
—Esa caja.
—¡Válgame el cielo! ¡diamantes!
—Sí por cierto.
—¿Y quién..?
—Es mia.
—¿Quién te la ha dado?
—Ese page.
—¿De don Bustos?
—De don Bustos.

—Y tomarla es...
—Indudable.
Es el regalo de bodas
Que el de Ramirez me hace.
—¡De bodas!
—¡Pues si me caso!
—Muchacha! Vas á matarme
Con tanto rodeo. Acaba.
—Por Dios que sois torpe, madre.
¿Si la caja es de don Bustos,
Con quién quereis que me case
Sino con él?
—¿Con tan alto
Baron piensas enlazarte?
—¿Qué me falta para ello?
¿No son mis ojos bastante
Para que pueda mi frente
Con su corona igualarse?
¿No soy hermosa?
—Eso sí.
—Oh! y no porque yo me alabe,
Pero si encuentra otra Rosa,
No digo yo en todo el valle,
Sino en la corte, en España,
Si la encuentra.... que se case.—
Y asi diciendo, á un espejo
De reojo contemplándose,
Desplegaba una sonrisa
Que diera envidia á los ángeles.
Víala la pobre vieja
Sin que apenas la bastasen
Para darla entero crédito

Ni su accion ni su lenguaje.
Rosa en tanto, alta la frente,
Los ojos de una á otra parte
Inquietos y desdeñosos,
Altivos los ademanes
Despreciando hosca y soberbia
Cuanto en torno suyo trae,
La magestad ensayaba
Que es forzoso que acompañe
A quien ha de ver un dia
Sus vasallos humillarse,
Y hacer á la plebe grupos
Para verla cuando pase.
Despues de largo silencio
Que duró por ambas partes
Cuanto bastó á su esperanza
Para alzar torres al aire,
Y amasar en sus adentros
Tan rápidas novedades,
A Rosa para engreirse,
A la otra para asombrarse;
Asiéronse de la caja,
Y dando vuelta á la llave
Atónitas empezaron
A gustar las realidades:
Allí ricos brazaletes
Y diademas y collares;
Allí amatistas y perlas,
Cornalinas y corales;
Probáronse los anillos,
Las pulseras de brillantes:
No quedó nada por verse

Ni nada por admirarse;
Todo pareció á propósito
Hecho para aquel instante;
Todo era espléndido y rico,
Nada pequeño ni grande.
—Esta guirnalda, decian,
Para el dia en que te cases.
—Sí, el collar por la mañana,
La diadema por la tarde.
—Linda estarás!
—Ya vereis
La vez primera que baje
A visitar á mi pueblo.
—Hechicera!
—¡Oh admirable!
—Y qué dirán esas moñas
De hidalguillas?
—Dejad que hablen.
Ya me besarán la mano.
—Eso sí, por mas que rabien.
—Se arañaran por un dije
Si yo se le regalase.
—Mal hicieras
—Ah, ni un hilo
Para esas villanas, madre!—
Aqui llegaban gozosas
Cuando oyeron en la calle
Un caballo que en la plaza
Entraba á resuelto escape:
Paróse á su misma puerta,
Sintióse despues el grave
Rechinar de los portones

Y volver luego á cerrarse.
—¡Él es!
—¿Quién?
—Don Bustos.
—Vaya!
—Pronto. Salid á alumbrarle.
Mandad que el potro le tengan,
Que le piensen y descanse.
Y asiendo la lamparilla
Temiendo que el tiempo falte,
Fuése hácia la puerta Rosa
Que hasta la escalera sale;
Pero antes que al picaporte
La linda mano llegase
Abriéronla por de fuera,
Y con pena de hija y madre
Entró cubierto de lodo,
Sangrientos los acicates
Y armado hasta los bigotes
Su pariente Pedro Ibañez.
Quedó estúpida la vieja;
Tornóle Rosa el semblante,
Y él tendiéndolas los brazos
Dijo «yo soy, abrazadme.»
Dejó la luz la muchacha
Y del mozo retirándose,
Replicóle: «bien venido
Pero, has llegado muy tarde.»

Asentados en silencio
En derredor de la mesa
Estan Ibañez y Rosa
Él triste, y mohina ella:
Rosa los ojos clavados
En el techo, airada muestra
El disgusto con que á Ibañez
En aquel punto contempla.
Y en vano del bello mozo
La vaga mirada inquieta
Las miradas de la ingrata
Porque se encuentren acecha.
En vano tras de la lámpara
Se ampara en la sombra negra,
Y la ocasion esperando
Los ojos le reverberan.
En vano sobre el asiento
Se revuelve y se impacienta,

Haciendo á cada postura
Que rechine la madera;
En vano desenlazando
Del almete las correas,
Sacudió como al descuido
De la gola entrambas piezas;
En vano al asir la espada
Tropezó con las espuelas,
Y retumbó el aposento
En rápido son de guerra.
Rosa ni por reprenderle
Ni por saludarle atenta,
Sobre el mancebo los ojos
Bajó un instante siquiera.
De la habitacion en torno
De uno á otro objeto los lleva,
Cual si fuese inventariando
Todos cuantos hay en ella.
Viga á viga midió el techo,
Liston á liston la estera,
Contó al parecer los vidrios
De la alcoba y de las puertas,
Los pliegues de su cintura,
Las rayas que hay en la mesa
Y las líneas que sus manos
Por ambos lados presentan.
Escuchó el silbar del cierzo
Que revuelve la veleta,
El rumor de los que pasan
La bulla de las hogueras.
Todo lo que no es Ibañez
Parece que la interesa,

Hasta el son con que la lámpara
Húmeda chisporrotea.
Pero el mozo allí se está
Y arrobado la contempla,
Y dos lágrimas de fuego
Por las mejillas le ruedan.
Cansado ya de esperar,
Y desesperado de ella,
Díjola con voz tan blanda
Que contestáran las piedras:
« ¿Qué es aquesto, vida mia?
Rosa, ¿qué mudanza es esta?
Tú al partirme me llorabas
¿Y te enojas con mi vuelta?«—
Rosa callando seguia,
Y él siguió de esta manera.
—« Héme aqui que vuelvo honrado,
Mas tal vez que lo merezca,
Amigo de los valientes,
Querido en la corte mesma.
Pensé merecerte ahora,
y he conseguido licencias
Para casarme contigo
Y alejarme de la guerra.»—
Rosa callando seguía
Como á quien oir le pesa,
Dando entre las blancas manos
A los ceñidores vueltas.
Ibañez apenas dueño
De su rebelde paciencia
Entre ofendido y colérico
Aguardaba una respuesta,

Hasta que viendo que Rosa
Toda agotársela intenta,
Con sordo acento la dijo
Zelosos ojos tendiéndola.
—«Si las nuevas que hube tuyas
Cuerdo estimase por ciertas,
Vive Dios que no tornara,
Rosa ingrata, para verlas.
Si pensara yo que imbecil
El oro te enloqueciera,
Trajera cuanto mi lanza
Para los cobardes deja:
Y si que ansiabas supiese
Honras de vana nobleza,
Prendiera yo al condestable,
Y conde ó marques volviera.
Pero yo te quise, Rosa,
Aunque altiva no opulenta,
Y pensé que por valiente
Simple hidalgo me quisieras.»
Rosa á este punto dejando
El sillon en que se asienta,
Díjole:—«Ibañez, dejemos
Semejantes controversias:
Si te quise y no te quiero....
—¡Por Dios vivo!...
—Ten la lengua.
Mañana mismo me caso;
Y por súplica postrera
Espero que de este pueblo
Partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,

Liviana.... cuanto tu quieras.
Pero lo tengo pensado
Y estoy, Ibañez, resuelta.
—Pero....
—Tu empeño es inutil.
Mi voluntad es aquesta.
—Y tus votos....
—Fueron falsos.
—Y tus caricias....
—Quimeras.
—Y tantos años perdidos
En ilusiones risueñas!
¡Tantos sudores y afanes,
Tantos peligros por ella!
¡Virgen santa! yo deliro.
¿Qué infernal vision es esta?
Porque á juzgarla posible
Tanto tiempo no viviera.»—
Y asi Ibañez esclamando
Se asia de las melenas
Desencajando los ojos
Como á quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano
Caminando hácia la puerta,
Miraba el dolor de Ibañez
Con espresiva impaciencia.
En esto en el aposento
La faz amante risueña,
El ferreruelo forrado
De blanca y crujiente seda,
Dorado estoque, y de plumas
Linda gorra en la cabeza,

Entró don Bustos Ramirez
En apostura altanera;
«Linda Rosa... dijo: y viendo
A Ibañez que le contempla
Con ojos entumecidos
Tornó la vista severa.
Rosa apresurada dijo:
Es un pariente que llega
De la ciudad. Y don Bustos
Prosiguió asi.—Norabuena.
Seais, hidalgo, bien venido:
Asistireis á la fiesta,
Y recibirán mis bodas
Honra con vuestra presencia.»—
Tendió al soldado la mano,
Y él sin mirar lo que hiciera,
Con el recio guantelete
La suya al baron presenta.
La asió don Bustos y dijo:
—«A no saberlo, creyera
Que fuera en vez de amistad
De reto esta mano prenda.»—
Miróle Ibañez un punto,
Y en insondable reserva
Velando el gesto, repuso:
«Tomadla como os convenga.»
Y tornando las espaldas
Tomó á oscuras la escalera.

De brindis y carcajadas
Estrepitoso rumor
Se levanta de don Bustos
En un inmenso salon.
Alúmbranle mil bujías
Suspensas en derredor,
Entre guirnaldas de flores
Que hábil mano entrelazó!
Vistiéronle de tapices
Esquisitos en valor,
Y cubriéronle de alfombras,
De un Califa regio don.
En ricos aparadores
Remeda la luz del sol
Vajilla espléndida de oro
De magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
Y en no interrumpido son

Gotea de vaso en vaso
Dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
Porque pródigo el baron
A todo el pueblo de Rosa
Bodega y festin abrió.
Es cierto que á los principios
El respeto á su señor,
Conteniendo á los vasallos,
Las lenguas les refrenó.
Mas al fin, de los manjares
El suculento vapor
La libertad y la audacia
A los villanos volvió.
Alzaron desordenados
Una voz sobre otra voz,
Un brindis sobre otro brindis:
Crecia la confusion,
Aumentábase el tumulto,
Y con discorde clamor
Cruzaban de una á otra punta
Osada conversacion.
Ocupaban los hidalgos
En la parte superior
Escaños de terciopelo
Casi á los pies del baron.
Y éste mas alto con Rosa
Usaba otro aparador
Bajo un dosel de brocado,
Do se ostenta su blason.
Pages les sirven: doncellas
Les escancian el licor,

Y el contento les atiza
La insolencia del bufon.
Al testero de la mesa,
Y en preferente sillon,
Está el capellan sentado,
Y síguele luego en pos
El ilustre ayuntamiento
En gregüescos y en jubon.
Enfrente entre otros hidalgos,
En ademan pensador,
Se ve al sério Pedro Ibañez,
Que bocado no gustó.
Hinchados tiene los ojos,
Los cabellos sin olor,
La espada y la daga al cinto,
Y el duelo en el corazon.
El resto ocupan sin órden
Los que de Busto á la voz
El mejor sitio encontraron
Al entrar en el salon.
Los que en aquel no cupieron
Acomodarlos mandó
En otra mesa tendida
En un largo corredor,
Y alli gritan y disputan,
Harta apenas su ambicion,
Con los sabrosos manjares
Que devoran sin temor.
Toda la fiesta es tumulto,
Todo murmullo el salon,
Todo embriaguez y locura
Los vasallos y el señor.

Y á pesar de los secretos
Con que á la conversacion
Dan impulso las mugeres
Murmurando á media voz,
Rosa está linda, hechicera,
Como jamás se mostró
Caprichosa su hermosura
Vertiendo gracias y amor.
Mirándose está en sus ojos
El fortunado baron,
Olvidando ante su amada
Cuanto hasta entonces gozó.
Y ella radiante de orgullo
Alimenta en su ilusion
Los hechizos que le embriagan
Con estudiado primor.
Con lujosos atavíos
Astuta se engalanó,
Que acrecientan el deseo
Del turbado corazon.
Guirnalda de blancas perlas
A sus cabellos ciñó;
Escotado hasta los pechos,
Bordado de oro el jubon,
El cuello de marfil orla,
Collar de bajo color,
Del que pende de brillantes
La señal de redencion;
Y estan sus brazos desnudos,
Cuyo brillo tentador,
Ostenta en sus movimientos
Esquisita perfeccion.

Don Bustos, á quien anima
La eficacia del licor,
Decia en son de mandato,
Fuerza añadiendo á la voz:
—«Agotadme las bodegas,
Que si dejais, ¡vive Dios!
Una gota, habeis de hacerme
De todo restitucion.
A eso os llamé á mi castillo
Y á mis fiestas, que sinó
Conforme me caso solo
Gozara solo.»—
Al rumor
De estrepitos aplausos
Estremecióse el salon,
Y por sobre el ronco ruido
Asi don Bustos siguió:
—¡Eh! don Pedro, mi pariente,
Capitan, ¿qué os haceis vos?
¿Estais enfermo, ó acaso
Os dijo algun impostor
Que el mayordomo envidioso
Mis cubas envenenó?
Si tal pensais, os ofrezco
Completa satisfaccion.
Y á propósito...—
Asi hablando
Su inmensa copa apuró.
Tornaron las carcajadas,
Los aplausos, y el baron
Encarado aun con Ibañez,
En voz de mofa siguió.

«Puesto que vos no habeis hecho
A mis venenos honor,
Os encargo que si muero
Me enterreis como á quien soy.»—
Volvieron á los aplausos,
Y á tan tumultuoso son
Asomaron por la sala
Las gentes del corredor,
Que aumentaron el desórden
Preguntando en peloton:
—¿Qué es aquesto?
—Entrad, amigos,»—
Don Bustos ronco clamó.
«Vereis un anacoreta...
Por la cruz del Redentor,
Capitan, brindad conmigo
A mi venturosa union....»
Ibañez la inmensa copa
Levantándose tomó,
Mostrando el sombrío gesto
Mas que contento furor;
Y afectando complacerse,
—Brindemos, dijo, baron.—
Mas don Bustos atajándole
El brindis le interrumpió:
—«A mi embriaguez de esta noche
Que me emborracho por dos.»—
A estas palabras de Bustos
De emponzoñada alusion,
Ibañez soltando el vaso
Cayó vertiendo el licor.
—¡Bravo! sin haber bebido

El sueño le acogotó!
Capitan, voto á mi sangre
Que sois un mal bebedor.
Seguia Ibañez tendido
De espaldas en el sillon,
Cogidos todos sus miembros
De congojoso temblor.
Mofáronle los villanos,
El gesto Bustos frunció
Palidecieron las mozas,
Y en visible turbacion,
Rosa sobre el blanco pecho
Pálida la faz dobló.
Don Bustos rompiendo un vaso
Alzó iracundo la voz:
—¿Os pesa, por vida mia,
Capitan, mi dicha á vos?—
Alzóse sobre su asiento,
Y el pueblo entero calló;
Porque los ojos de Bustos
Centellaban de furor,
Temblaba en su escaño Rosa,
Y asi decia el baron:
—«Brindad, capitan, conmigo,
A mi boda, ó, vive Dios,
Que esta noche mis lebreles
Os desgarran el jubon.»—
A tan brusco llamamiento
Pedro Ibañez requirió,
Poniéndose en pie, su espada,
Con semblante tan feroz,
Que oyóse entre las mugeres

Un ay! sordo de pavor,
Y á sus espaldas la turba
Cobarde retrocedió.
Don Bustos Ramirez, puestos
Ambos pies en su sillon,
La izquierda sobre la mesa
Que al recibirle crujió,
Mirábale de hito en hito;
Y el áspero ahogado son
Que le hervia dentro el pecho,
El borrascoso color
De sus ojos, la melena,
Que le cuelga en confusion
Uniéndose con la barba
Que le cerca en derredor
Todo el rostro, le semejan
A un formidable leon
Que acecha sobre una roca
La vida del cazador.
Pedro Ibañez frente á frente,
Sin muestras de turbacion,
Fijó en sus ojos los ojos
Y á la lid se apercibió.
Pasó un momento angustiado
En que nadie de los dos
Con movimiento ó palabra
La contienda provocó.
La turba tenia ahogado
El aliento de terror,
Y de ambos podia oirse
El latir del corazon.
Al fin don Bustos en hondo

Gemido, torvo esclamó.
—«Brindad, hidalgo, á mis bodas,
U os juro á mi salvacion,
Que en la escarpia de una almena
Os ahorco como á un traidor.»—
Ibañez á estas palabras,
Como una tigre veloz,
Saltando sobre la mesa
Ligero una copa asió,
De un paso salvando el trecho
Que le aparta del baron.
—«Brindemos, dijo.
—A esta noche,
Bustos repuso, á mi amor.»—
—A mi cabeza, don Bustos,
Que clavada en un lanzon,
Os recuerde á todas horas
Toda una noche de amor.
—¿Es un insulto?
—Es un brindis.
¿No le aceptais?
—Sí, por Dios!
Bebed, y aquesa cabeza
Sea la última ilusion
Que alcancen á ver mis ojos
De mi féretro en redor.
—Sea!
—Sea!
Y afirmando
Tan sacrílega intencion,
Todo el licor se sorbieron
De un solo trago los dos.

Está la noche serena,
Melancólica la luna
Reverbera en la laguna
Y manso el aire resuena.
Murmura en la parda sombra
Inquieto el Carrion pasando,
Con limpios hielos orlando
Del campo la árida alfombra.
No se alcanza en la ribera
Ni cesped, ni flor, ni espiga,
Que brote á la sombra amiga
De alguna encina altanera.
Todo el campo es soledad,
Silencio y vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Viudez y esterilidad.
Vése á lo lejos la sierra
Como aparicion estraña,

Que en la escarpada montaña
La nieve esconde la tierra.
Y entre las breñas se escucha
La ronca voz del torrente,
Cuyo ancho raudal rugiente
Conquistando espacio lucha.
Tal vez del mastin atento
Resuena el tenaz ladrido,
Oliendo el lobo escondido
Que acecha el redil hambriento.
Al pie de la alta colina
Yace el lugar solitario
Acogido el vecindario
Al cerro que le domina.
Sobre él el negro castillo
De don Bustos se columbra,
Del astro de paz que alumbra
Al resplandor amarillo.
Y aun vomitan sus ventanas
En confusion infernal,
Las cantigas que profanas
Respira la bacanál.
Aun puede oirse por ellas
Con el brindis del baron,
El seco y discorde son
Del vino y de las querellas.
Viénense allí á dibujar
Con la luz de las bujías,
Mil medrosas fantasías
Espantosas de mirar.
Y los vidrios de colores
Rádian en la lobreguez;

La movible brillantez
De fugaces resplandores.
  Al pie del áspero muro
Inmoble en la sombra está,
Contemplando las ventanas
Con desesperado afan,
Torvo el semblante y lloroso
Sin apenas alentar,
El triste y burlado Ibañez
En insufrible ansiedad.
Crispados tiene los puños,
Desencajada la faz,
Y el cuerpo todo acosado
De una convulsion mortal:
Vése en el húmedo ambiente
Su aliento á veces vagar,
Como sombras que brotando
Viven un punto no mas.
Por los espesos bigotes
Filtrando el rocío va,
Y mojándolas, sus ropas
Azota el aire fugaz.
Amante desventurado
Y desdeñado galan,
Está en su mente midiendo
La infinita eternidad.
Porque, ¿qué vida le aguarda,
Ni qué vida ha de esperar
Quien no halla en sus negros dias
Mas que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
Tanta ilusion celestial,

Tanta esperanza engañosa
Perdida en la realidad.
Tantos afanes por ella,
Tanto sufrir y lidiar,
Mirando la luz lejana
De un mentiroso fanal,
Que fue tan solo el reclamo
Que anunció un puerto falaz,
Para mirarle mas cerca
Engañado zozobrar!
¿Dó estan las fragantes flores,
Las bendiciones dó estan,
Con que el amor deliraba
En la juvenil edad?
El fue á la sangrienta guerra
Como valiente, á buscar
Premio y fortuna de hidalgo,
De que se sintió capaz.
Pródigo vertió su sangre
De su vida sin piedad,
Por volver ante su Rosa
Digno de su amor fatal;
Y ella en tanto deslumbrada
O acaso liviana asaz,
En los brazos de otro dueño
Se dispone á reposar.
¡Oh! que esas risas confusas
Que oye á través del cristal
Desde el infame castillo
A la atmósfera brotar,
Le parecen los ahullidos
Con que una turba infernal

Aplaude atroz los tormentos
Que alambica Satanás!
Ellos celebrando alegres
En ruidosa bacanal
El bien que en despecho eterno
Infeliz él llorará.
Ellos brindis y cantares,
Y amor y felicidad,
Y él lágrimas y dolores
Que nunca se acabarán.
¡Oh! y cobarde, aunque ofendido,
Resignado dejará,
Aunque él su ofensa no olvide
Que la olviden los demas!
Mas ¿qué escucha el desdichado,
Con esa atencion tenaz,
Que hácia adelante tendido
Al borde del foso está?
Los ojos le brotan fuego,
Creciendo el aliento va,
Y atenazados los dientes
Déjanle apenas lugar.
Calmado el rumor lejano
De la impura bacanal,
Oyóse un canto dulcísimo
En el salon murmurar.
Era una voz amorosa
Y de enloquecer capaz
Al corazon mas hundido
En torpe incredulidad.
Del harpa del trovador
Al misterioso compás,

Suena á pedazos, perdido
En la distancia el cantar.

«Mi vida, Busto, y mi alma
»No tengo en mi mano yo;
»No tengo que darte, Busto,
»Sino cuanta guarda de fé el corazon.
»Yo te le doy todo entero,
»Vida y alma vuelva á Dios
»Cuando le plazca, y tú, Busto,
»Hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron
Largos aplausos sonar,
Que estremecieron el aire
En prolongada espiral.
Ibañez, como viagero
Que harto ya de caminar
Se sienta á buscar reposo
Donde ha de abrirse un volcan,
Retrocedió de aquel canto
Al desgarrador compas,
Despierto á la voz de Rosa
Su mal adormido afan.
—«Dale, ya que está en tu mano
¡Ingrata! ese corazon
(Dijo), y el alma y la vida
Que vuelvan torpes á Dios.
Dásele, que por un soplo
Con que tornaros carbon
Toda el alma y media vida,
A Satanás diera yo.»—

Y aquesto diciendo Ibañez
En agonía mortal,
Revolcábase en la arena
Hiriéndose sin piedad.
Lanzaba del hondo pecho
Bramido tan gutural,
Tan feroz, que aun á las fieras
Alcanzara á amedrentar.
Y dijeran escuchando
El ruido que haciendo está,
Que luchaba alguna de ellas
Con otra en la oscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna
Del vago cielo en el espacio azul,
Sombra dejando y niebla que importuna
Mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja
Deshaciéndose en gotas de cristal,
Y cada espino que Aquilon rebaja,
Perlas por fruto transparentes dá.

En confusa ilusion todo se ostenta
En la estéril llanura del pais,
Entre el velo de nieblas que se aumenta
Cual pabellon colgado del Cenit.

Allá en un valle do la niebla impura
Tarde se posa, el rápido Carrion
Frágil rodando en soledad murmura
Con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salon se mengua
La báquica algazara del festin,
Torpe tal vez con el licor la lengua,
Cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
El brindis tumultuoso del baron,
Con el cantar de Rosa entretenido
Y el harpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
De alguna sombra la ilusion fugaz,
Como al conjuro de andrajosa bruja
El diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibañez todavía,
Lanza celoso en iracunda voz
Los ayes postrimeros de agonía,
Con que se estingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
Sanguinosa, alumbrándole al morir
Su negra antorcha vigorosa inflama
La venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
Mil fantasmas de impúdico placer,
Que embellecen sin fin la agena vida
La suya desgarrándole á la vez.

La imágen del altivo castellano
Entre sus sueños por do quiera está.
Do quier del sueño entre el tumulto vano
Amor se juran, ósculos se dan.

Do quier en ellos de su ingrata Rosa
La blanca sombra que le esquiva ve,
A otra fantasma presentando ansiosa
Los labios que arden de amorosa sed.

«¡Maldita! entonces desolado esclama,
Maldita seas, infernal vision.»—
Y el llanto que en su cólera derrama,
La hoguera apaga del antiguo amor.

«Oh! ¿qué me importa, el infeliz decia,
Tarda opulencia y mentirosa prez,
Si la mitad de la existencia mia
Nunca con ella dividir podré?

Venga el infierno y por la vida y alma
Mi venganza me dé, sino mi amor.
Por ese instante de sangrienta calma
Lleve el infierno cuanto fue de Dios.»

Mas se espesaba cada vez la niebla,
Menos radiaba en derredor la luz,
El aura de honda oscuridad se puebla
Nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
Cual rayo de relámpago fugaz
Creyó Ibañez que viera por delante
La sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
Sensible solamente á la vision,
Como reflejo que sombrío lago
De un fuego fátuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
No necesita luz para nacer,
Cual nube que en el éter va perdida
Sin ausilio de plumas ni de pies.

Los ojos no conciben su contorno,
No reducido á forma aquel vapor,
Tal vez en él deformidad y adorno,
Galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
Por el húmedo suelo al resbalar,
Mas sintió el corazon sino el oido
Del triste ser la inmediacion fatal.

Tocóse Ibañez la ardorosa frente
Y la ancha mano se inundó en sudor.
Razon y ayuda demandó á su mente,
Y no estaba en su mente su razon.

Tendió la mano á la segura tierra
El cuerpo que vacila á sostener,
Y en vez del césped en sus dedos cierra
Aspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano
Le abandona á su propia gravedad,
Las palmas hácia sí retira en vano.
Siempre tras ellas el objeto va.

Ásele al fin: le oprime: es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
Un peregrino: un trovador: ¿quién sabe?
Tal vez del cinto la perdió el baron.

Ibañez la guardó. Siniestro y lento
Era su paso y tardo el caminar;
Parecia que el solo pensamiento
Empujaba á la muerta voluntad.

Él tenia un secreto repentino
Que jamas hasta entonces comprendió,
Solo en la mente le abortó el destino,
No lo supo jamas el corazon.

Ibañez ni se acuerda ni lo sabe,
Que con su mente su intencion no va;
Solo percibe que al llevar la llave
Crece en el pecho vengativo afan.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
Ignora acaso su intencion cuál es,
Mas ni duda á la par ni se arrepiente
De lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro
En una grieta de la peña está,
Metió la llave, y recediendo el muro,
Postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibañez por el muro hendido
Silencioso, sombrío, audaz, traidor,
Como un remordimiento mal dormido
Entra en el descuidado corazon.

Quedóse en soledad el campo mudo,
Y entre la lobreguez tornóse á oir
La voz del Aquilon salvaje y rudo
Y el murmullo apagado del festin.

Quien mirará á Pedro Ibañez
Ir caminando á deshora
Por las cuevas del castillo
Al resplandor de una antorcha:
Herizados los cabellos,
La faz amenazadora,
Los pasos desatentados
Creyérale alguna sombra
Que alzando de su sepulcro
La fria y maciza losa,
De Dios á los vivos trae
Sentencia esterminadora.
Sus lentos pasos retumban
Por las olvidadas bóvedas,
Y de una en otra perdidas
Cual gemidos se prolongan.
En las grietas de las piedras
Las arañas hiladoras,

Al resplandor de la luz
Los negros cuerpos asoman,
Y á la inflexion de la llama
Que vacilante y dudosa
Reverbera por los muros
Que viste tiniebla lóbrega,
Fantasmas de luz se pintan
Cuya aparicion diabólica
En el punto que se muestra
Vuelve á perderse en la sombra.
En cada rincon oscuro
En que la vista se posa,
Parece que amedrentadas
Quimeras le desalojan.
A cada puerta ó esquina
Que se pasa ó que se dobla,
Parece que allá á lo lejos
Vuelan en fúnebre tropa.
Todas las manchas y bultos
Rostro y movimiento toman,
Y ya miran, ya amenazan,
Ya rien, temen ó mofan.
Visiones descoloridas
Que el alma crédula aborta
En la niñez, atacada
De fábulas mentirosas.
A pasos lentos Ibañez
Caminando incierto, topa
Ancho salon embutido
De madera hasta la bóveda.
Alli de pez y de plomo
Y materias resinosas,

Inmenso almacen juntaron,
Que para defensa propia
En tiempos tan turbulentos
Precaucion ninguna sobra.
Como obedeciendo Ibañez
A oculta causa imperiosa,
O de antiguo pensamiento
A la fuerza tentadora,
Debajo los combustibles
Metió resuelto la antorcha.
Brotó la seca madera
Espesa, turbia y sonora
Nube de volátil humo
Con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,
Ibañez á tientas toma
La ruta por donde vino
Hasta una escalera rota.
Y en lucha áspera y difícil,
Asaltando una tras otra,
Llegó á la torre en que Bustos,
Señor del castillo, mora.
Era una torre capaz,
Circundada á la redonda
De un terrado que rematan
Las almenas protectoras.
A su amparo, y defendidas
De esterior ofensa, toman
La luz dos anchas ventanas
Que rejas robustas orlan.
Corrió Ibañez á una puerta
Una barra ponderosa

Que impide abrirla por dentro,
Y la faz pálida y torva,
Asiéndose de una reja,
Por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que grosera é imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Rosa y don Bustos á solas
De sus amores platican
En su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca
Halagüeña y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En las gracias que la adornan.
Ella en silencio le mira,
Y las lágrimas le borra
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
Él los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan.
Y ella con ósculos tiernos,
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa

Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba,
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa.
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada traidora,
Trémula dibuja en ella
Sino los gestos, las sombras.
Si los ojos de un celoso,
Cuando las dudas le acosan,
Pudieran salvar los muros
En las alas de su cólera,
Bien pudieran los de Ibañez
Hacer girones ahora
La impertinente cortina
En donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
Ase, que casi las dobla,
Y los ojos de serpiente
Se le saltan de las órbitas.
Sin perder línea ni pliegue
De la tela tembladora,
Sigue el movimiento fácil
De las proyectadas sombras.
Y agenos de aquel testigo
Busto Ramirez y Rosa,
Sus amorosas caricias
En la soledad redoblan.
Crugian los blandos besos
En la morada recóndita,
Y afuera del triste Ibañez

Las aspiraciones roncas.
A cada amante palabra
Que en el aposento brota,
Responde en la oculta reja
Una blasfemia espantosa.
Y entre tanto que uno sufre,
Y libres los otros gozan,
Doblar se oyó la campana
Que á fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer
Y el sufrimiento se corta,
Y el que antes gozaba sufre,
Y el que antes sufria goza.
Al ronco empuje del cierzo
Que con dobles alas sopla,
Crece el incendio y rebientan
Las llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
Las almenas se desploman,
Estremécense las torres,
Y se derrumban las bóvedas.
Cada sala es una hoguera,
Cada ventana una boca
Que humo y resplandor vomita
Y brama en tormenta sorda.
En vano piden de dentro
Que en su angustia les socorran,
En vano aterrados gritan,
Gimen, blasfeman, ú oran.
Sordos estan cielo y tierra;
Denso el humo les ahoga,
Y con el son del incendio

Sus lamentos se sofocan.
De aquella terrible hoguera
A la trémula luz roja,
Se ve de los campesinos
La turba triste y medrosa,
Como viageros curiosos
Que contemplando se asombran
Una erupcion del volcan
Que fuego y peñascos brota:
Y allá del Carrion humilde
A la márgen de las ondas,
Ibañez tambien lo mira
Con indiferencia torva.
Apoyado está en un tronco,
Asida una mano á otra,
Y en una almena los ojos
Que ruina amenaza pronta.
Al fin de afanosa lucha
Desesperada y dudosa,
Cayó en el foso la almena;
Y tras de la piedra rota
Quedó una ventana, en donde
Como ilusion dolorosa,
Los brazos al cielo tienden
Por la reja dos personas.
No se sienten sus lamentos,
Ni se alcanza de su forma
Mas que la espresion horrible
De su profunda congoja.
Llamas voraces les cercan
En irresistible tropa,
De cuya rabia es inútil

Implorar misericordia.
La inmensa torre rodean,
Puertas y muros devoran,
Y ¿cómo esperar perdon
De quien ni piedras perdona?
Una llamarada inmensa
La cerró en sus pliegues toda,
Y se borró para siempre
La aparicion congojosa.

Dejó la ribera Ibañez,
Y al despuntar de la aurora
A todo escape en un potro
Valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio
Que ocupa en Valladolid
El rey don Juan el segundo
Ya de su reinado al fin,
Estan recordando alegres
Su antigua amistad pueril
Dos bizarros cortesanos
En oculto camarin.
Y en el contínuo abrazarse
Y en el contínuo reir,
Se ve que en hallarse tienen
Satisfaccion infantil;
Y que cada cual se goza
La agena historia en oir,
Como en recordar la suya
Tal vez triste para sí.
Estan en el propio punto
En que de entrambas al fin

Tornan á identificarse
Y su gozo á repetir.

DON RODRIGO.

¿Con que ¡voto á Belcebú!
Aquel antiguo soldado
Que tanto lidió á mi lado
Por mejor causa eres tú?

IBAÑEZ.

Yo mismo sin duda alguna
Aquel Ibañez soy yo.

DON RODRIGO.

Mucho á entrambos acudió.
compasiva la fortuna.

IBAÑEZ.

Compáranla á una veleta
Por tan inconstante ser.

DON RODRIGO.

Dejara de ser muger
Fortuna á no ser inquieta.
Mas otro abrazo me da
Que aun dudo si estoy soñando.

IBAÑEZ.

Abrazos te iré yo dando
Si este te despertará.

DON RODRIGO.

Mas, por Dios, que rico te hallo
Ibañez, y á lo que veo
No ayudó mal tu deseo
Tu lanza con tu caballo;
Pues si no me acuerdo mal
Era tu única riqueza.

IBAÑEZ.

Espatrióse mi pobreza
Merced al favor real.
Dijeron de mi valor
No sé qué, y conde me hicieron.

DON RODRIGO.

Bien con tu valor cumplieron.

IBAÑEZ.

No sino con mi favor.
Debióme la vida el rey
En Navarra, y no fue mas.

DON RODRIGO.

Oh! pues voto á Barrabás
Que fueron hombres de ley.
  Y ¿qué hacen viéndote rico
Esos parientes hambrientos?

IBAÑEZ.

Don Pedro llaman atentos
Al que llamaban Perico.
  Yo les dispenso el cumplido
Y les abrazo cortés.
Pídenme, niego, y despues
Se van por donde han venido.
  Pero á tí, por vida mia,
Que tampoco mal te fue.

DON RODRIGO.

Tanto, Ibañez, porfié
Que salí con mi porfia.
  No me tocó como á tí
Condado, ni valimiento;
Pero en oro puro cuento
Cuanto basta para mí.

IBAÑEZ.

Y á bien que si la memoria
De tu ambicion no me engaña

No te basta toda España.

DON RODRIGO.

Aqui paz y despues gloria.
  Poseo lo que me basta
Para tener envidiosos,
Amigos menesterosos
Y una numerosa casta.
  Aturdido me dejaron
A mi vuelta tales gentes;
No sé cuando mis parientes
Asi se multiplicaron.

IBAÑEZ.

¿Y consiguen de su afan?...

DON RODRIGO.

Lo que los tuyos de tí:
Pídenme, niego, y así
Por donde vienen se van.

IBAÑEZ.

  Justo! Asi, beso por beso
Y puñada por puñada.

DON RODRIGO.

Cual ella me fuè obligada

Por mi gente me intereso.
Pero bien está, y responde.
¿En qué tu amor se quedó?
¿En humo se disolvió
Con el resplandor de conde?

IBAÑEZ.

El antiguo hace seis años
Humo es como bien hás dicho;
Que vienen tras un capricho
Un millon de desengaños.
Pero hoy...

DON RODRIGO.

Oyéndote estoy,
Concluye. ¿Por de contado
Que estarás enamorado?

IBAÑEZ.

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO.

¿Será hermosa?

IBAÑEZ.

Como un oro.

DON RODRIGO.

¿Niña?

IBAÑEZ.

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO.

Pues ya no la falta mas
Que ser rica como un moro.

IBAÑEZ.

Lo cierto en ello no sé:
Pero en la córte introdujo
Su llegada tanto lujo
Que casi escándalo fue.

DON RODRIGO.

Pues por Dios que la fortuna
No se cansa en tu favor
Pero tendrás de su amor
Prendas que...

IBAÑEZ.

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO.

¿Pero rivales un ciento?

IBAÑEZ.

No por cierto, mi Rodrigo.
Yo solo soy quien consigo
Finezas y valimiento.
  Es cierto que no hay Baron,
Hidalgo, Conde ó Marques
Que no rindiera á sus pies
Su fortuna y su blason.
  No hay trovador ni galan
Que en cantares y torneos
No se esceda en galanteos
A Rosa de Montalvan.
  Todos los ojos en ella
Detiene la multitud
Porque tiene de virtud
Cuanto de rica y de bella..
  Mas ella por importunos
Acredita sus festejos:
Todos los ojos de lejos
La gozan, cerca ninguno.
  Y te aseguro en verdad
Que aunque la amo como un loco
No, estimo Rodrigo en poco
Por ello mi vanidad.

DON RODRIGO.

De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibañez, envidioso,
Y mas estoy de orgulloso
Cuanto mas feliz te miro.
¿Mas quién es esa hermosura
Tan sin tacha de muger?

IBAÑEZ.

No pude tanto saber.

DON RODRIGO.

Pues á fe que es aventura.

IBAÑEZ.

Porque nada se concilia
de haber nacido en la Galia
Y en Aragon y en Italia
Tener hacienda y familia.
Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO.

Y pienso que tambien es
Hasta frances é italiano.
Pero pues es rica y bella

Y os amais los dos asi,
Tanto es ella para tí
Como eres tú para ella.
Cuando estemos mas á espacio,
Pedro, me la mostrarás.

IBAÑEZ.

Esta noche la verás
Que ha de venir á palacio.
Por muger la he de pedir,
Y esta noche he de saber
Si puede y cómo ha de ser,
Que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO.

¿Tan pronto?

IBAÑEZ.

Estoy decidido.
Tanto en sus ojos me abraso
Que este mismo mes me caso
Si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO.

Prodigio será en lo bello,
Segun de perdido estás.

IBAÑEZ.

Esta noche la verás
Y decidirás en ello.
Entretanto hasta despues
Que el rey sale.

DON RODRIGO.

Vete en paz.
Y que en verla habré solaz
No te olvides.

IBAÑEZ.

A Dios pues.
Tomó Ibañez la escalera
Que daba al cuarto del rey
Sin que Rodrigo los ojos
Un punto apartara de él.
Doblóse detras de Ibañez
La mampara en la pared;
El ruido de sus pisadas
Se acabó al fin de perder,
Y aun le parece que le oye,
Que le abraza y que le vé;
Tanto el encuentro de Ibañez
Fue á don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
En que perdido tal vez
En recuerdos deliciosos

Quedó distraido en pie,
Los ojos en la mampara
Que cerró al salir aquel,
Y una sonrisa en los labios
De verdad y sencillez.
Al fin soltando un suspiro
Exclamó el rostro al volver:
¡ Por la vírgen que me alegro!
¿Quién lo imaginára de él?

Por la plaza de San Pablo
Ya bien entrada la noche,
Del palacio real volviéndose
Van platicando dos hombres;
Y á la luz que reverberan
Dos moribundos faroles
Aunque no se ven sus rostros
Sus figuras se conocen.
A corto trecho delante
Y á lentos pasos recorre
Via igual una litera
Seguida de dos hachones;
Y entre las verdes cortinas
A los rojos resplandores
Se divisan dos mugeres
Sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
Por la oscuridad informe

Como de los sueños pasan
Fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran
Y en los oscuros colores
Que viste la comitiva
De las cortesanas nobles,
Un no sé qué se trasluce
De rápidas precauciones
Que todo parece envuelto
En invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
Se ven los rostros inmobles
Los ojos cristalizados
De los negros servidores.
Y algun crédulo dijera
Que en tal misterio se esconde
Un cumplimiento severo
De las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temor
De la ilusion de la noche,
Porque entrados en un patio
Los hidalgos se disponen
A recibir á las damas
A quien parece que ronden
Segun del alcazar fueron
Detras de ellas hasta entonces.
—¡Rosa mia! esclamó el uno,
Prestando en los escalones
Primeros el brazo á una,
Al parecer la mas jóven.
—Estais, don Pedro, servido.
Ella pronta respondióle,

Abandonando en las suyas
Una mano que él recoge.
Mi madre consiente en ello,
Y escusando dilaciones
En vos está la tardanza.
—Porque tal dicha se logre
Perdiera cuanto poseo.
Sueño parece esta noche
Que no he de olvidar jamás.
Aqui á los anchos salones
Llegaban de su palacio
En cuyos ricos primores
Es bien que audaces los ojos
Se admiren cuando se posen.
De finísimos tapices
Toda la sala vistióse,
Mullida en el pavimento
Alfombra de vivas flores.
Candelabros de oro y plata
Por las mesas y rincones
Y bajillas y preseas
Do quiera en aparadores.
Rosa y don Pedro sentados
Esperaron á que torne
Don Rodrigo que acompaña
A la madre desde el coche,
Delante una chimenea,
Cuyos morillos de bronce
Teniendo están disolviéndose
En ceniza medio roble.
Entre las llamas volubles
Lanzan los rojos tizones

Chispas que naciendo espléndidas
Desaparecen veloces.
El humo elástico asciende
En espirales deformes
Despedido por las llamas
Que brotan á borbotones.
Y por do quiera que el tronco
Lentas ó voraces orlen,
Yerbe la savia que mana
Resistiendo sus furores.
Entró por fin don Rodrigo,
Y apenas Ibañez víole
Tomándole de la mano
Delante Rosa le pone:
«Esta es mi esposa», le dijo.—
Alzó Rodrigo la noble
Frente, y la beldad de Rosa
Viendo, en verdad asombróse.
Saliéronse del salon
Y al cruzar por los portones
A Rodrigo que le sigue
Pedro Ibañez preguntóle:
¿Qué te parece de Rosa?
¿Otra mas linda conoces?
—¡Por Dios (contestó Rodrigo)
Que no la hay entre los hombres!
Y asi permitan los cielos
Que tantos años la goces
Como ella tiene de deudas
A los cielos de favores.

Era Rosa de célica hermosura
Rica de gracias, rebosando amor,
Trasunto de la esbelta criatura
Que hizo en el fertil Paraiso Dios.

Soles los ojos, rosas la megilla,
Risa los labios y marfil la tez,
Donde la calma de la infancia brilla,
Rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala
A género, ni siglo, ni pais,
Ni terrena beldad llega ni iguala
De la alma Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
La leve huella del enano pie

Y tiene mas de vaporosa sombra,
De inefable vision que de muger.

Flota el cabello en perfumados rizos
Al impulso de zéfiro fugaz,
Velando de la espalda los hechizos
Su voluble y espléndida espiral.

Cáenla de la mórbida cintura
En grupos que sujeta el cinturon
Los pliegues de la blanca vestidura
Que agita ligerísima en redor,

Como las aguas de elevada fuente
Caen en hebras de líquido cristal
Y el aura con mansísima corriente
Las mece confundidas al bajar.

Do quier que está la delicada Rosa
En la córte, en el baile, en el festin
No hay ojos ni atencion para otra hermosa;
Toda la absorve poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
En medio de ruidosa sociedad,
De las damas sin duda aborrecida
Y respetada del amante audaz.

Y por eso á los pies de sus balcones
Guardias perennes, embozados son,

Y óyese de estocadas y canciones
En la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en mision de amores
Dueñas y pages aguardar se ven,
Ya ramilletes de tempranas flores
Ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana
Ni billete ni flor á recibir,
Del palacio jamas la soberana
Canto pagó de trovador gentil.

Jamas oido de varon dichoso
El eco suave de su acento oyó,
Ni una mirada por su afan penoso
Gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia:
Nadie el solar en que nació cual es,
Nadie de su beldad tiene memoria,
Nadie pudo á su gente conocer.

Si algun osado su familia y tierra
De sus esclavos á inquirir llegó,
El secreto tenaz en que se encierra
No supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos
Corren de ello tal vez en la ciudad,

Mas posan en tan vanos fundamentos
Que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto
Libres sus salas encontró tal vez,
Y de su audacia y su fortuna incierto
Pasó el umbral con receloso pie.

Ibañez solo de la linda maga
Tocó la mano y escuchó la voz.
Ibañez solo de placer se embriaga
Cediendo irresistible á la pasion.

No exhaló en vano sus amantes quejas
Velado en la nocturna oscuridad,
Que cuando ronda sus doradas rejas
Ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante esceso
Por un cariño le volvió un desden,
Porque con facil y abrasado beso
Una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente
Fue don Rodrigo y admiró su amor.
Solo con él su mercenaria gente
La fortuna de Ibañez defendió.

Mas que á despecho de la corte fuera
Él la idolatra á cada instante mas.

Y por desprecio de la córte entera
Su boda Ibañez preparando está.

Era una noche de aterida niebla
En que refleja tan dudosa luz
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se vé del firmamento azúl.

En un salon henchido de riqueza
Un inmenso cercando aparador
Los vasallos estan de mas nobleza
Que el rey don Juan entre su córte halló.

Acogotando alli su envidia toda
Damas é hidalgos en el real festin
Brindan y cantan á la ansiada boda,
Mal recatando su despecho asi.

Suenan las copas y las arpas suenan
Con largo y libre interminable son,
Y el aire denso y perfumado llenan
De blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibañez de su linda esposa
Ebrio de amor y de ventura está;
Y cuanto admira la beldad de Rosa
Crece en el pecho su amoroso afan.

Toda su vida le parece un sueño,
Entre cuyos vapores nada vé
Mas que el camino que tras largo empeño
Le trajo de esta noche hasta el edém.

Rosa se muestra como nunca bella
Cual nunca Ibañez por azar la vió,
Aunque hoy encuentra perspicaz en ella
Algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la espresion incierta
De una vaga ilusion de otra muger,
Con cuya oculta realidad no acierta
Y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
No es de su Rosa la contínua faz,
Y aun le parece que su frente hermosa
Muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño; de la alegre fiesta
Y de los brindis los efectos son.
Mas su cariño á su ilusion se presta
Crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza
Mas le contenta y satisface mas;
Y aunque ébrio acaso la razon no alcanza,
Hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento
Todo en desórden por final quedó,
Y ambos á paso vacilante y lento
Van del placer y de la dicha en pós.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
Cruzaba apenas tan dudosa luz,
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se vé del firmamento azul.

CONCLUSION.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que envidiosa ó imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Don Pedro Ibañez y Rosa
Enamorados platican
En el altar de su alcoba.
Ella parece cual nunca
Halagüeña y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Y aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En los encantos que adora.
Ella en silencio le mira
Y las lágrimas le borra,

Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
Él, los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan;
Y ella con ósculos tiernos
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa:
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella
Si no los gestos las sombras.
¡Noche de amor y esperanza
Que de la modesta esposa
Queda como blanco sueño
Para siempre en la memoria!
La de Ibañez; vive Dios
Que olvidó su vida toda,
Sus placeres y sus cuitas,
Su deshonor y su gloria.
No hay mas pasado en su mente,
Mas porvenir no ambiciona,
Vendiera por esa noche
Toda su existencia á Rosa;
Aunque un frio involuntario
Todo su cuerpo aprisiona,

Cual si en sepulcro pudiera
Convertírsele la alcoba.
Algunas veces mirando
Los ojos de la que adora
Creyó alcanzar dentro de ellos
Alguna imagen diabólica.
Alguna vez embriagado
En su risa encantadora,
Creyó que los labios puros
Tomando distinta forma,
Mostraban por un momento
En negra ilusion dudosa
De un monstruo desconocido
La áspera y sangrienta boca.
—»¿Qué piensas, Ibañez mio?
¿Qué mal, dime, te acongoja,
Que vas el color perdiendo?»
Dijo al esposo la esposa.
Al contemplarla el semblante
Su espanto y asombro doblan;
É Ibañez con ambas manos
Entrambos ojos se frota.
Ella tornó á su pregunta,
Y él á su silencio torna,
Como quien tiene delante
Un espectro que le acosa.
—»¿Que sientes?
—¡Oh! nada, nada;
Mas la vista se me borra,
Los objetos me vacilan;
Cielos, ¿qué es aquesto, Rosa?
—¿Qué dices que no te entiendo?

—¡Ah! ¿eres tú, niña? perdona:
Mas ¡tal vez mi fantasía
Se me está volviendo loca!
No sé por qué, mas el miedo
Que de mí se posesiona....
Oh, ciégame con tus labios,
¡Ven á mis brazos ¡oh Rosa!»
Echóse en ellos la niña,
Ansioso Pedro abrazola,
Mas al tocarla dió un grito,
Como quien espinas toca.
«¡Quemas!» la dijo espantado;
Y soltándola en la alfombra,
Se miró el triste los dedos
Con que sostuvo su forma.
Ella seguia diciéndole
Con sonrisa seductora
—«¿Qué tienes, Ibañez mio,
Que cuanto dices me asombra?»
Y él con ojos aterrados
Continuaba en su congoja,
Contemplándola sin habla
En convulsion espantosa.
Al fin con hondo cariño
Ella las manos le toma,
Diciendo con voz mas suave
Que el murmullo de las hojas:
—«Amor mio, vuelve en tí;
Yo soy, mírame, tu Rosa,
Tú me lo has dicho ¡alma mia!
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria.»
Sonrió apenas Ibañez

Y medroso preguntola:
—«¿He soñado, no es verdad;
Tú me despiertas ahora.
—Sí por cierto, esposo mio:
Tú me has dicho tantas cosas....
Tantos delirios.... que casi
Temí contigo estar sola.
—Oh sigue, sigue.... ¡qué dulce
Me suena tu voz hermosa!
Sigue.
—¿Quieres que te cuente
Para adormirte una historia?
—Sí, sí, dime cuanto quieras
Con tal que tu acento oiga.
—Pues escucha que tal vez
Se disipe tu congoja.»
Ibañez, como quien sale
De pesadilla penosa,
Su voz escuchaba atento
Suave, argentina, sonora,
Sin acertar á entender
La sensacion dolorosa
Que un momento antes le hacía
Su presencia encantadora.
Él recostado en el lecho,
Ella á su lado en la sombra,
Esto á Ibañez le decia
Risueña y voluptuosa.

"En un tosco pueblecillo,
Aunque no recuerdo donde,
Vivia un Baron ó un Conde,
Que es igual, en su castillo.

En este pueblo vivia
Una villana, ¡oh hermosa!
La reina mas orgullosa
Por ella se trocaría.
Rosa, como yo me llamo
La villana se llamaba,
Y un pobre hidalgo la amaba
Tanto como yo te amo.

Ibañez en su embeleso
Dulcemente sonriola,
Y besándola en los labios
Siguió la niña su historia.

»Viola el Baron cierto dia,
Y al contemplarla tan bella
Ciego de amores por ella
Solo por su amor vivia.
Pródigo la regaló,
Y tal su cariño fue,
Que por prenda de su fé
Su mano la prometió.
Ella avara ó inconstante
Casose al cabo con él.
¡Fue una noche bien cruel
Para el olvidado amante!
Este llegó de la boda
El mismo dia anterior;
Alas le prestó el amor....
¡Vana diligencia toda!
De su ventura testigo
Solo él llorando su duelo
No halló para su consuelo
Un pariente ni un amigo.

A estas palabras Ibañez
Embebido interrumpióla:

—Tu voz me encanta, mas pienso
Que es triste ese cuento, Rosa.
—Oísele á un peregrino
En una sentida trova;
Mas deje que te le cuente,
Porque es muy linda la historia.

»Despechado en su afliccion,
Maldiciendo su fortuna,
Dejó la fiesta importuna,
Y abandonando el salon,
En que los brindis doblaban,
Bajó en su afán amoroso
Á llorar al pie del foso
Lo que en la torre cantaban.
Era una noche serena,
En que la brillante luna
Reflejaba en la laguna
Con la luz de Enero llena.
Todo estaba en soledad
Velado en vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Huellas de esterilidad.
Hervia el rio á lo lejos,
Medroso el viento sonaba,
Y el aire espeso vibraba
Del agua con los reflejos.
El negro y alto castillo
Allá en la sombra se via
Del blanco fanal que huia
Al resplandor amarillo.
Y aun en murmullo infernal
Lanzan sus rojas ventanas
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.
Aun puede oirse por ellas
Con el brindis del Baron
El ronco y díscorde son

Del vino y de las querellas.
Y sus vidrios de colores
Radian en la lobreguez
La movible brillantez
De fugaces resplandores.
El amante desdeñado
Sin poder con su dolor
Pensó en su amargo furor
En verse al menos vengado.
"Por ese breve placer,
«Esclamó, diera al infierno
«Cuanto Dios puso de eterno
«En mi despreciable ser."

Tembló pavoroso Ibañez
A estas palabras de Rosa,
Palideciendo al impulso
De una sangrienta memoria.
Y ella con triste sonrisa
Entre doliente y sardónica
Siguió, á los ojos de Ibañez
Cambiando su imagen propia.

»A su sacrílego ruego
Diz que el infierno le dió
Por el alma que perdió
Una venganza de fuego.
La torre á poco altanera
Brotó llamas de su centro;
Quedó la venganza dentro,
Mas el vengador afuera.
Años esta noche hará
Que el castillo se incendio,
Media vida el galan dió,
Y ahora mediándose está."

¡Cielo santo! clamó Ibañez

Con voz despechada y ronca,
Arrancándose del lecho
Y de los brazos de Rosa.
¿Qué es esto? ¡la luz me falta
El ambiente me sofoca.....!
Y asiendo de la ventana
Abrió á un tiempo las dos hojas.
Entró á tal punto por ellas
Sonante, negra, espantosa
Una llamarada inmensa
Que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió á la puerta y en vano
Con ímpetu sacudióla;
Por fuera la sujetaba
Resistencia poderosa.
Tendió desolado y triste
Los ojos, y allá en la alcoba
Vió sentada sobre el lecho
Prendiendo fuego á las ropas
Una aparicion horrible
Que en su vacilante forma
Mostraba al pár su contorno,
Mitad monstruo y mitad Rosa,
Y al son de la ardiente llama
En voz le decia cóncava:
—¡Alma entera y vida media!
El alma la tengo toda,
Diez años eran de vida,
Y estan mediándose ahora.

El Niño y la Maga.

FANTASÍA.

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
Esa mágica edad de la ilusion,
En que vejeta el alma adormecida
Agena de inquietud y de ambicion!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
Cuánto se goza lejos del pesar,
Llevando nuestro débil barquichuelo
De la existencia por el negro mar!

Entonces sin pensar en quien nos hizo
Ni el vano mundo y su placer traidor,
Gozamos por el dia tanto hechizo
Y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero
Que al mar se lanza si inesperto, audaz

Satisfecho con ver como ligero
Va por las ondas su batel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa
A quien sigue tal vez el aquilon?
Navegaré, le dice, mas aprisa
Del blando viento al compasado son.

¿Qué le importa que el agua se alborote
Tormentosas alzando olas sin fin?
Irá, se dice, mi estraviado bote
A dar como el que dejo á otro jardin.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas
La noche desplomando sobre el mar?
El dice: cuando pasen estas nieblas
Ya me vendrá otro sol á despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradizos
Hiervan los lomos del gigante azúl?
El mira en ellos sus flotantes rizos
De la neblina entre el espeso túl.

Cuánto es alegre la niñez sencilla
Que en el bajel de su inocencia vá,
Libre y segura sin perder la orilla
Del mar que al lejos rebramando está.

Duelos, dejadme que los lindos sueños
Loco recuerde de la edad pueril,

Que mire de la vida los empeños
Desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos
De arbol en arbol y de flor en flor,
Del sol brillante á los destellos rojos
Que al universo dán vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama
Para el que nace en virgen ilusion;
Desierto dó eternal el cierzo brama
Para el que lanza en él su corazon.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso
Cuanto halagüeño en tu ilusion, fatal,
Yo miraré con ojo receloso
La luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
Y entre tus flores escondida red
La loca tentacion de tus mugeres,
Corrientes que no templan nuesta sed.

Que si nacemos á la amarga vida
Riendo lo que habemos de llorar,
Yo quiero mi existencia dolorida
Gozar llorando y mi dolor cantar.

I.

Es una bella aurora
Fresca, purpúrea y clara,
En que vá murmurando
Por la floresta el aura.
Las hojas estremece
Con las sonantes alas,
Cruzando fugitiva
Por una y otra rama.
Ya por el blando césped
Silenciosa se arrastra,
Robando sus perfumes
Al tomillo y la grama.
Ya en torno de los troncos
De las encinas altas
Columpia en sus cortezas
Las ramitas enanas.
Ya de la limpia fuente
En la repleta taza

Arruga, trenza y riza
Los hilos con que mana.
Es un jardin florido
Henchido de fragancia
Que á par enriquecieron
Con afanosa maña
Naturaleza fértil
Con su silvestre gala,
Y la incansable industria
Con su rica elegancia.
Aqui por los linderos
Las violetas moradas
Matizan de los céspedes
La vivida esmeralda.
Alli de clavellinas
Entumecida mata
Sus infinitos hijos
A sostener no basta.
Allí las anchas rosas
Su pabellon de grana
Estienden afrentando
Las azucenas blancas.
Allá el cárdeno lirio
Se eleva con audacia
De azules pensamientos
Su raiz tapizada.
Mas lejos un geráneo
Que aroma el aura mansa
Envidia á los renúnculos
Las tintas soberanas.
Y allá entre sauces verdes
Que humedecen las aguas,

Entre sonantes hojas
Y retorcidas varas,
En cargados racimos
Madreselva olvidada
Convida con sus flores
Amarillas y blancas.
Ni faltan en macetas
Y transparentes jarras
Pomposos tulipanes
Que sus capullos rasgan.
Sobre ellos cuidadosos
Tienden sus hojas anchas
Los fértiles naranjos,
Las corpulentas hayas.
Hay en su bosquecillo
De mirtos y de acacias,
En una placetuela
De rosales cercada,
Una anchurosa fuente
Que en torno se derrama.
Está el pilon colmado,
Y en medio se levanta
Sobre dos pies de jaspe
De alabastro una taza;
Y mil vistosos peces
En su remanso nadan,
Que asoman atrevidos
La fugitiva espalda.
Se escucha desde lejos
La música liviana
Con que murmuran leves
Las revoltosas aguas;

Y en su cristal inquieto
El sol que alumbra el alba
Saliendo reverbera
Con luz tornasolada.
Sentado en las orillas
Por dó la linfa clara
Desde la limpia fuente
Bullendo se derrama,
Deshojando unas flores
Que el arroyuelo arrastra
Miraba el niño Adolfo
Como las lleva el agua.
Su imagen la corriente
Trémula le retrata
Los ojuelos alegres,
Las manitas nevadas,
La blonda cabellera
Tendida por la espalda,
La frente ruborosa
Y la sonrisa cándida.
Soñaba desvelado
Inocentes fantasmas
Que á la niñez tranquila
Espléndidos halagan.
De esos delirios puros
Que fugitivos pasan
Y aduermen los sentidos
Sin que los sienta el alma.
Ilusiones magníficas
Con cuyas sombras mágicas
Los gozos se deshacen
De nuestra breve infancia.

Ceñida de una nube
De vaporosa gasa,
Que el aire llena en torno
De suavísimo ámbar,
De rosas y azucenas
La frente coronada,
Prendida en ricos pliegues
La vestidura blanca,
Salió de entre los mirtos
Con cautelosa planta
Una ilusion dichosa
De paz y bienandanza.
Las flores en sus tallos
Por donde aérea pasa
Se esponjan y enderezan
Y doble aroma exhalan.
La brisa en torno suyo
Murmuradora vaga,
Y entre las hojas verdes
Se enreda y esparrama.
Colúmpianse las copas,
Los ruiseñores cantan,
Las tórtolas arrullan
En amorosas cláusulas,
Y todo en los jardines
Al paso de la Maga
Respira la ventura
De juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo
Que sobre el cesped descansa,

Quien al verla tan hermosa
Entre sus brazos se lanza.
Los negros rizos la coje,
La besa la frente casta,
En sus pupilas se mira
Y en su sonrisa se embriaga.
Ella á su seno le estrecha,
Le acaricia y le regala,
No como madre afanosa
Sino como amante hermana.
No como en signo de albricias
De un hijo perdido que halla,
Como quien se alegra hallando
Con quien dividir sus galas.
Adolfo se la sonríe
Y el blanco cuello la abraza,
Admirando su hermosura
Con infantil confianza.
Oyeme Adolfo, le dijo
Halagándole la Maga:
Si tu quisieras conmigo
Vivir... tengo una morada
Llena de fuentes y flores
Y de deleites y galas:
Tengo palacios de oro
Suspendidos en montañas
En un pais no lejano,
Á quien *Existencia* llaman.
—¡Oh por cierto que eres rica!
—Lo que imaginas es nada;
Todo el universo es mio.
—Pues ¿quién eres? —La Esperanza.

—¿Y estarás siempre conmigo?
—Iré siempre donde vayas.
—Pues vamos donde quisieres.
—Sígueme, pues, que ya tardas.
Siguióla contento Adolfo,
Y á una señal de la Maga
De aquella anchurosa fuente
Dividiéndose la taza
Tornose en un canastillo
Que se columpia y resbala
De un claro y tranquilo rio
Por sobre las ondas mansas:
Y entrándose confiados
En tan vacilante barca
Dejáronse ir sin recelo
Á los caprichos del agua.

II.

Audaces surcando las aguas serenas
Al lánguido impulso del aire sutíl,
Tocaron opuestas las limpias arenas
Que el rio aprisionan al otro confin.

Posaron la planta donde ancho camino
El paso les abre de vasta region,
Que pródigo y rico regala el destino
Y espléndido viste de ocioso primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines
De cuyas florestas el fin no se vé
Empiezan, y orlados de azahar y jazmines
Alfombras de flores encuentran los pies.

La luz es continua, de un alba rosada
Que presta al ambiente purísimo azúl,

Y un zéfiro el aire cuya ala aromada
Refresca la tibia ilusion de la luz.

Do quiera en las hojas del arbol florido
Se siente escondido
Al mirlo trinar;
Do quiera en la yerba menuda se siente
La rápida fuente
Saltando brotar.

Do quiera volando sutil mariposa
Columpia una rosa,
Sacude un clavel,
Las alas ufana mostrando á las flores
De ricos colores
Pintadas tambien.

Do quiera arrastrando su casa con pena
Sobre una azucena
Se vé al caracol,
Que tiende los ojos al sol generoso
Pidiéndole ansioso
Consuelo y calor.

Do quiera en las ramas colgada la oruga
Sacude y arruga el sonoro cristal,
Que en claros espejos, ó en líquidos hilos
En lagos tranquilos posándose vá.

Do quiera en las ramas del álamo verde
A lo alto se pierde en movible ilusion,

Meciendo la bella oropéndola el nido
Que anima tendido benéfico el sol.

Desplega pomposa á la luz con que brilla
La pluma amarilla,
Que ostenta fugaz,
Abriendo esponjado y en círculo rico
El triple abanico
Que tiende al volar.

Aqui no se encuentran ni sauces llorones,
Ni en lúgubres sones
Agita el ciprés
La fúnebre punta, cual hacha mortuoria
Que alumbra la historia
Pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;
Sin término vaga
La brisa sutíl;
La noche carece de sombra importuna,
Ni deja la luna
Jamás de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo
Cual lánguido arrullo
Del aura no más,
Cual banda de plata que el puro horizonte
Tendió sobre el monte,
Tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
Á dó pasajeras
Se van á perder
Las ondas sonoras, en tiendas de armiños
Tan solo los niños
Alegres se vén.

En lechos de rosas, jazmin y claveles,
Bajo almos doseles
De plumas de luz,
Reposan tranquilos sin noche ni dia
Sin miedo á la impía
Desdicha comun.

No acosa su mente recuerdo pasado,
Que solo han gustado
La dicha y placer,
Porque es la ribera del mar de la vida
La casta, florida,
Tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
Dó puso el destino
Tras linde feliz,
De nuestra existencia tristísimo, aciago
El árido y vago
Desierto pais.

¡Oh! cuando dormimos al pié de la cuna
Es todo fortuna
Deleites y paz;

El dia es tranquilo, la noche serena,
La selva es amena,
Frondoso el herial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten
Acaso divierten
En vez de doler...
¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
Por dó entra en la vida
La dulce niñez!

Adolfo y la Maga cruzaban por ella
Y el niño tan bella
Tan llana la halló,
Que andaba embebido de un lado á otro lado
Gustando la fruta
Doblando la flor.

Ya el vuelo seguia de pájaro errante,
Ya el ala brillante de insecto sutíl,
Ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
Que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reia sin pena ni enojos,
Gozaban sus ojos
La alegre vision,
Sus tiernos sentidos la suave frescura
Y el son que murmura
Del aura veloz.

Vagaba contento: ¿qué importa por dónde?

Su infancia le esconde
La negra verdad.
¿A qué preguntarla?—Si es plácido el sueño,
¿A qué con empeño
Querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines
la luz, los jardines
llegaban allí;
Ya el sol es ardiente, mas duro el camino
No hay ya peregrino
Plantel ni jardin.

Al paso que avanza por otra vereda
Detras de quien queda
La alegre region,
Sentia en el pecho que audaz caminando
Cobraba ganando
Firmeza y vigor.

La Maga amorosa seguia ligera
Fantasma hechicera
Vagando tras él;
Mas jóven y hermosa conforme adelanta,
Dejando su planta
Detras la niñez.

III.

ADOLFO.

¿Qué sitio es este, señora?
¿Dónde estamos? que sino
Mienten mis ojos, ya es esta
Otra distinta region.

LA MAGA.

Estamos, al fin, Adolfo,
En un pais superior,
En donde nada caduco,
Nunca imbécil vejetó.

ADOLFO.

Y esos alcázares de oro
Que se ven en derredor,

Esos pensiles colgados,
Esos bosques ¿cuyos son?

MAGA.

De una emperatriz hermosa
Tan alegre como el sol,
En cuyos vastos dominios
No hay lágrimas ni dolor.
Vive en ociosos festines
De blanda música al son
En brazos de los placeres,
de la gloria, y del amor.
Tan poderosa y tan rica
Que á su audacia y su ambicion
Ni los mares ponen coto
Ni los peligros pavor.
Tan bella y tan cortesana,
Pues que como ella no hay *dos*,
Ni hay fuerza á quien no atropelle,
Ni grandeza la asombró.
Poco á sus delirios fueron
Ambos mundos en redor:
«Todo ó nada»—dijo ansiosa
Y sobre ambos se asentó.
Y celebrando insensata
Su destino triunfador,
Llamó al placer y á la vida
Y con ellas le partió.
Trajo á sí cuantas hermosas
Les siguen á ambos en pós,
Cuantos galanes y ociosos

En ambos mundos halló.
Dióles galas y palacios,
Campos de inmensa estension,
Trobadores que les canten,
Baños de esquisito olor:
Y al hacer de tanto lujo
Desigual reparticion,
Dijo: — «Gozad y pedidme
Que si hay dioses, yo soy dios.»

ADOLFO.

¿Y quién es tan atrevido
Espíritu protector,
A quien nada se resiste
Y á quien nada se igualó.

MAGA.

La JUVENTUD.

ADOLFO.

¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

MAGA.

¿La sirvieras?

ADOLFO.

La adorára.

MAGA.

¿Fueras su amigo?

ADOLFO.

El mejor.

MAGA.

Pues alguien hay que pudiera
Concedértelo.

ADOLFO.

¿Quién?

MAGA.

Yo.

ADOLFO.

¿Quién eres, que tal poder
alcanzas?

MAGA.

Su hermana soy:
Que JUVENTUD y ESPERANZA
Nacidas á un tiempo son.

ADOLFO.

Pues lleguemos al palacio,
Porque ya siento por Dios
Por sus ilustres favores
Perdido mi corazon.

MAGA.

¿Esperas vencer?

ADOLFO.

Lo espero,
Que he de conquistar su amor.

MAGA.

Bien haces en esperar,
Puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo á la Maga
Y ambos con paso veloz
Doblaron hácia el palacio
En coloquios de ambicion.

Do quiera en su sacro recinto se oia
La ronca alegria
Del loco festin;
Los besos y brindis que en torno se exhalan
Al alma regalan
Con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas de perlas vestidas
Dó están suspendidas
Centellas de sol,
Duplican del dia la luz transparente
En ancho torrente,
Vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
Remedan los puros
Espejos del mar,

Sutiles dejando á través de sus bilos
Mirar los tranquilos
Reflejos del muro de limpio cristal.

Dó quiera la rosa, el clavel, los jacintos,
En lazos distintos
En cifras de amor,
Anuncian orlando las blandas alfombras,
Las mágicas sombras
Que al hombre adulando, le siguen en pós.

Amor dice en esta, en aquella *Fortuna*,
Valor dice en una
Y en otra *Amistad*;
Placer dice aquella, y esotra *Riqueza*
Mas lejos *Belleza*,
Ventura en aquesta, *Virtud* mas allá.

Do quiera repiten los anchos salones
Ardientes canciones
De gloria y de amor;
Y alli en los clarines, allá en las botellas,
Con cláusulas bellas
Acaso acompañan el báquico son.

Allá en los secretos de oculto retrete,
Del ancho pebete
Al humo fugaz
De lindas mugeres que están voluptuosas
Sonando amorosas
Las notas se escuchan de amante cantar.

«Los labios hierven en besos,
Quemándose estan de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

¿Y á qué Dios mas poderoso
Acudireis que al amor?
Apurad, pues, sus deleites,
Que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
De su ballesta sutil?
Venid á beber deleites
Hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,
Quemándose estan de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.»

Al son de las lanzas y trompas de guerra
Que asordan la tierra,
En estenso salon
Se sienten los himnos ardientes de gloria,
De noble victoria
Que entona el soldado con áspera voz.

—«Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está alli,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

A amar y á lidiar nacimos,
Y sin triunfos, ¿cómo amar?
¿Qué llevar sino en ofrenda
A los pies de una beldad?

Si amor corona la frente,
Nuestras batallas tambien;
Sus coronas son de rosas,
Y las nuestras de laurel.

Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está alli,
Y sin gloria y sin laureles,
Quién es el imbécil que acierta á vivir.—

Mas lejos en otra morada hechicera
Dó el sol reverbera
Con lumbre tenaz,
Dó llenan las perlas los largos espacios,
Los ricos topacios,
El jaspe y el oro, la seda y cristal;

Se siente el tumulto de báquica orgía,
Que en cántiga impía,
Discorde clamor,
La mesa en desórden, manchadas las ropas
al son de las copas
Rameras levantan, sin alma y sin Dios;

—«*Venid; la gloria es un sueño,*
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

Vamos la tierra con vino
Embriagados á amasar,
Vamos al templo de Baco
En lúbrica bacanal.

No hay mas altar que la mesa,
No hay mas Dios que la embriaguez;
El vino confunde el tiempo,
El morir con el nacer.

Cuando caemos beodos,
Mendigo ó rey, ¿qué mas dá?
Todos bebemos sedientos
Arroyos de libertad.

¡Qué dulces son nuestros pechos
Empapados de licor!
¡Qué sabrosos nuestros labios,
Y qué inmenso el corazon!

Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.»—

Allá en otra estancia dó en torno murmura
Lejana, insegura
La voz popular,

Cantor instigado del Dios que le inspira,
De cóncava lira
La suya levanta al acorde compás.

—«*Amor y gloria sin fama*
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren;
Hallando en el cieno sepulcro comun.

Venid á beber sedientos
Los raudales del saber,
En sus márgenes se cogen
Las coronas de laurel.

El pueblo escucha al poeta,
Venid, venid al cantor:
¿Qué es el amor ni la gloria
Sin la ciencia y la razon?

¿De qué os vale de placeres
Ese miserable afan?
Si no los canta mi lira,
¿Quién os los ha de envidiar?

Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren,
Hallando en el cieno sepulcro comun.»

Adolfo indeciso consigo luchaba,
Sin tino vagaba

Detrás del placer;
Do quiera anhelante y ansioso corria
Cruzando la orgía
La gloria gustando, el amor, la embriaguez.

Y en voz afanosa—«¿Dó estás, dí, murmura,
«Altiva hermosura,
«Falaz juventud?
«Do quiera te veo, siguiéndote avanzo,
«Mas nunca te alcanzo...
«Yo siempre en tu busca, y huyéndome tú!

«Oh! dime Esperanza, mi fiel compañera,
«¡Dó está esa altanera
«Cobarde muger!»
La Maga le sigue, mas no le responde:
«¿Por qué se me esconde?
¿Lo sabes?»—La Maga repuso.—«No sé.»

«¿No sabes? mentira. ¿Me engañas, traidora,
«Me mientes ahora
«Que la amo por fin?
«¡Oh! ciego por ella tras ella camino...
«¡Fantasma divino,
«Te adoro insensato, despues que te ví!»—

IV.

Cansado de su rápida carrera
Siguiendo la fantástica vision,
De un verde montecillo en la ladera
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
Una suave colina á trasponer,
Partiendo por mitad un triste valle
Do la estéril colina sienta el pie.

A su lado la Maga todavía,
Blanca, risueña y cariñosa está,
Cual viva estrella que al piloto guia
Y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
Del aura de la tarde á la merced,
Y derramaba su mirada pura
Por la campiña que delante ve.

Al lejos entre pálida neblina
Alcánzanse tal vez á distinguir
Torres y muros en informe ruina,
Y escombros que salpican el pais.

Hay do quiera ciudades desoladas,
Cuyo hendido esqueleto humea aún,
Manchando con espesas bocanadas
La claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,
Ni cantan en amena soledad
Saltando entre jacintos y claveles
Aves que gozan con alegre afan.

Hay algunas estériles palmeras
Nacidas al azar aqui y alli,
Y águilas surcan libres y altaneras
El hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,
Los himnos de la alegre juventud,
Cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
de una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad alli, todo se ostenta
Sin ilusorio engañador cristal,
Por todas partes sin temor se asienta
La rebelde y desnuda realidad.

«Las fuerzas, dijo Adolfo, me abandonan,
Llena de sombras mi memoria está;

Dame el brazo, Esperanza: en mis oidos
Esos cantares tentadores van.»

Y era asi que á pedazos por el viento
Llegaban en sonora confusion,
Ya el mentiroso ó el blasfemo acento
Del placer, de la gloria, ó del amor.

—«*Los labios hierven en besos,*
Quemándose estan de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

—«*Bajad al campo sangriento,*
Solo la gloria está alli,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?»—

—*Venid; la gloria es un sueño,*
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.»

«*Amor y gloria sin fama*
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren,
Hallando en el cieno sepulcro comun.

«¡Oh cuán felices son en sus placeres,
«Ellos cantando, y sin aliento yo!
«Fiestas alli, cristal, oro y mugeres,
«Y aqui conmigo soledad y error.»

V.

ADOLFO.

¿Dónde estamos, Esperanza?

MAGA.

Selva es aquesta que ves
De razon y de recuerdos.

ADOLFO.

¿Tiene nombre?

MAGA.

La vejez.

ADOLFO.

¿Y aquellas alegres damas,
Y aquel palacio, y aquel
Festin espléndido y cánticos
De ventura y de placer?

MAGA.

Allá quedan.

ADOLFO.

¿Y la hermosa
De que un instante gozé
Y tras quien corro insensato?

MAGA.

Allá se queda tambien.

ADOLFO.

¿Con que por fin la he perdido?
¿Con que en verdad la soñé?

MAGA.

El perseguirla es perderla,
Que es verdad, é ilusion es.

ADOLFO.

¿Mis amigos?

MAGA.

Allá quedan.

ADOLFO.

¿De mis soldados que fué?

MAGA.

Allá quedan.

ADOLFO.

¿Y mi gloria,
Mis timbres?

MAGA.

Allá tambien.

ADOLFO.

¿Con que todos me dejaron?
¿Qué resta en la vida pues?

MAGA.

Tú esperanza está contigo,
Siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO.

Tú sola no me abandonas.

MAGA.

A tu lado siempre iré
Alumbrándote el camino
Que tomastes al nacer.
Reposa y vamos.

ADOLFO.

Me canso.

MAGA.

Yo la mano te daré.

ADOLFO.

Dame un manto, tengo frio,
Agua dame, tengo sed.

MAGA.

Vamos á buscar la fuente

ADOLFO.

¿Está muy lejos?

MAGA.

Tal vez.

ADOLFO.

¿No tiene fin el camino?

MAGA.

Sí.

ADOLFO.

Pues vamos.

MAGA.

Tras mí ven.

ADOLFO.

¡Oh cuán distinto, Esperanza,
Este camino es de aquel,
Por donde yo te tendia
Mi brazo ligero ayer.

MAGA.

Lo que pasó no recuerdes,
Mirando adelante vé.

ADOLFO.

Solo de recuerdos vivo.

MAGA.

Olvida.

ADOLFO.

No puede ser.
Asi con cansado paso,
Va caminando tal vez
El hombre, con su esperanza,
Eterno sol de su fé.—
Y asi, la Maga y Adolfo,
Ya el dia al oscurecer,
Caminan hácia el desierto
De la arrugada vejez.

Tristes y á espacio caminan,
Al crepúsculo del sol
Por medio de un campo esteril,
Sin ave, fuente, ni flor.
Las cumbres están nevadas,
Y en espantoso turbion
Se oyen bramar los torrentes
Con honda y cóncava voz.
Silva el cierzo entre las peñas
Que ostentan en derredor
Entre la nieve á pedazos
En lastimosa ilusion.
Alli una choza arruinada,
Allá un templo que se hundió,
Mas allá un puente abrasado
O un hendido murallon.
Rastro del peso del tiempo
Que fué pasando veloz,
Descabezando en sus crestas
Cuántas puntas encontró.

Aspera y postrer jornada,
Dura peregrinacion,
Por donde nada se encuentra
Amigo ó consolador.
Apenas en los escombros
De arruinada poblacion
Algunos pobres ancianos
Dan á la vida un á Dios.
Apenas entre los brezos
Se topa un viejo pastor,
Que apacienta unos ganados
Que solo esqueletos son.
Mas nadie sabe la historia
De lo que alli vejetó;
Todos lloran los recuerdos
De su propio corazon.
Todos miran al risueño
Alcázar encantador,
Que al pasar por sus dominios
La juventud les mostró.
¿Qué dejan? sus ilusiones.
¿Qué lamentan? su valor.
Nada de cuanto gozaron
Al desierto les siguió.
Alguna vez aun deliran
Con la halagüeña vision
De aquel palacio encantado
Que falaz les hospedó;
Pero al pensar en los cantos
Que el deleite seductor
Les murmuró en los oidos
En soñada prediccion,

Doblan al suelo la frente
Con incrédulo dolor,
Diciendo al ir su camino:
¡*Mentira*! *todo pasó.*

Asi por entre la nieve
Cruzando el desierto van,
Adolfo y la Maga en lento
paso, por quebrado herial.
Cada vez mas se avecinan
A las riberas de un mar,
Que al confin de aquella tierra
Tendido en silencio está.
Es el agua turbia inmoble
Cuyo fin se pierde allá
En un cäos de profunda
Insondable oscuridad.
Ni el viento al pasar la arruga
Ni en espumas de cristal
En las húmedas arenas
Se viene á desmenuzar.
Ni escupe conchas de nacar
Ni en su estensa soledad
Saltan avaros los peces
El ambiente á respirar.
No se alcanza de la playa
Por el perdido arenal
Mas que una choza mezquina

De estrecha concavidad,
  Cuya puerta desquiciada
Ya mohosa y desigual
Como párpado sin ojo
Mirando hacia el agua está.
  Llegando alli, dijo Adolfo:
«No puedo, Esperanza, mas;
Entremos en esa choza
Un momento á descansar.»
  Entraron en la cabaña
Y á la debil claridad
Con que alumbra todavía
Un crepúsculo fugaz,
  Hallaron un ancho espejo,
En cuyo limpio cristal
Adolfo vió con espanto
Una sombra reflejar.
  «¿De quién es aquella imagen?»
Preguntó, en duda tenaz
Con su memoria luchando
recelando la verdad.
  —Esa imagen es la tuya.
—Pues ¿cómo mi frente ya
Calva y arrugada miro
Y tan gastada mi faz?
  ¿No era ayer niño y hermoso
Contigo, Esperanza, al dar,
Cuando á despertar viniste
Mi infantil curiosidad?
  —Entonces naciste al mundo,
Y el canastillo en que audaz
Conmigo bogastes, era

Tu cuna Adolfo no mas.
Las brisas de mis promesas
Lleváronte á desear,
Y entraste por el camino
De la loca vanidad.
Asi el valle de la vida
Has venido á atravesar
Entre pensiles de flores
Y palacios de cristal.
—Ay, clamó Adolfo llorando
Que no los puedo olvidar,
Ni á aquella reina orgullosa
Á quien ya no veré más.
—Asi se pasa la vida
En gemir y en esperar
Lo que buscamos en ella,
O lo que perdimos ya.
Esta choza es una puerta
De la oscura *eternidad*,
Ese espejo es la *razon*,
Y la *nada* es ese mar.
Todo aqui se desvanece;
Nada hay delante y detrás.
Allá se queda la vida,
Y los deleites allá.
Este es el punto por donde
Se descubre la *verdad*,
Y aqui solo la *Esperanza*
Aún con nosotros está.

VI.

Plegaria.

¡Blanca ilusion! ¡benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazon,
A cuyo tibio resplandor se alcanza
Un *mas allá* en el hondo panteon;

Tú sola nos alivias el camino
En que entramos al tiempo de nacer;
Nuestro amargo destino es tu destino,
Siempre amiga te hallamos por dó quier.

Delante de ese espejo misterioso,
De nuestra nada ante el estenso mar,
Aún vienes con semblante cariñoso
Nuestra seca razon á consolar.

¡Oh, tú nos doras la niñez tranquila,
Enciendes nuestra ardiente juventud,

La vejez nos sostienes que vacila,
Y aun ardes en el cóncabo ataud.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
Siempre nos vienes asistiendo en pós;
Y amiga fiel, nos dejas al perderte
Al pie del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! sin cesar conmigo
Mis lentas horas alumbrando vén,
No apagues nó, tu resplandor amigo
Mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteon,
Y séanme los pliegues del sudario
De sueño eterno santo pabellon.

Se hallan en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas; y en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

SHELF No.....

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

Central Department, Boylston Street.

One volume allowed at a time, and obtained only by card; to be kept 14 days without fine; to be renewed only before incurring the fine; to be reclaimed by messenger after 21 days, who will collect 20 cents, beside fine of 2 cents a day, including Sundays and holidays; not to be lent out of the borrower's household, and not to be kept by transfers more than one month; to be returned at this Hall.

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any notice, to or from the Library, through the mail.

The record below must not be made or altered by borrower.